
CIENCIA FICCIÓN
EL PLANETA CONDENADO A MUERTE
LOUIS G. MILK

LOUIS G. MILK

Un planeta condenado a muerte

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depòsito legal : B - 28687 -1968

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPITULO PRIMERO

Rostros ceñudos y ninguna mirada de simpatía fue lo que encontró el Pesador cuando tomó tierra en el astropuerto. Hary Seaver se imaginaba lo que iba a ocurrir y no se inmutó por ello.

Eran gajes de la profesión, se dijo. El Pesador, el hombre más detestado de la Galaxia... pese a los millones de vidas que salvaba.

Paseó la mirada a su alrededor. Era una colonia ciertamente próspera y en vías de alcanzar un desarrollo realmente excepcional. Se comprendía claramente que su visita fuera acogida con tanto desagrado.

Pero debía hacerlo, era su obligación. Vestido con el uniforme gris plata del oficio y la P dorada en el pecho, más cuatro circulitos también dorados, formando rombo en torno a la letra, lo que significaba que era Pesador de Primera Clase, avanzó hacia el hostil comité de recepción que aguardaba a la sombra, bajo una marquesina del edificio principal del astropuerto.

Hary Seaver sonrió interiormente, mientras caminaba a pie bajo un sol de fuego. A cualquier otro, le habrían llevado en una carretilla eléctrica para ahorrarle los ochocientos metros desde la nave al edificio. A él le humillaban esperándole a pie firme en la sombra.

El Pesador debía ir a su encuentro, no ellos al encuentro de él. A medida que avanzaba, veía cada vez mejor los rostros serios y contraídos.

La visita de un Pesador solía ser anuncio de evacuación del planeta, más de una vez en un tiempo brevísimo, sin más que lo puesto. Aun disponiendo de un plazo más o menos largo, abandonar el mundo por el cual se había luchado y trabajado, en donde había nacido la mayor parte de sus habitantes, donde reposaban los huesos de los antepasados... resultaba duro, demasiado duro.

Pero los informes de los Pesadores solían ser oídos en el Gran Consejo General de la Galaxia. Y una vez aceptada su recomendación, se emitía el mandato de evacuación.

Lo malo era que el propio Pesador, autor del informe, era quien debía llevar a cabo la misión de comunicar tan malas noticias. Así lo disponía la ley y Hary debía cumplirla.

Con un maletín portafolios en la mano izquierda, avanzó hacia el edificio donde, supuso, estaban reunidos los notables de Roogen, el planeta marcado por el destino para ser evacuado.

Hary se detuvo frente al grupo. Un hombre se destacó y dio dos

pasos.

—Soy Millen, jefe de gobierno de Roogen — se presentó.

—Hary Seaver, Pesador de Primera Clase — dijo el recién llegado.

—Estábamos esperándole, Pesador. El gobierno se reunirá esta tarde a las tres en punto. Asistirá a nuestra reunión, presumo.

—Sí, señor presidente.

—Gracias, eso es todo. Ahora, permítame...

Millen hizo una señal. Cuatro hombres uniformados, con fusiles radiónicos, avanzaron hasta flanquear al Pesador.

—¿Qué significa eso? — preguntó Hary, asombrado.

—Los ánimos están muy excitados — manifestó Millen—. No nos es usted simpático, pero consideramos que es nuestro deber proteger su vida.

—Entiendo. Gracias, presidente.

—Hay un vehículo afuera aguardándole. Le conducirá al hotel. A la hora indicada, le llevarán a la Sala de Reuniones. Le advierto que el debate será público.

—Son normas de gobierno que debo acatar — contestó Hary, inclinándose.

* * *

Sí, los ánimos estaban muy excitados, hubo de reconocer el Pesador, mientras, instalado en lugar preferente, contemplaba y escuchaba las deliberaciones del gobierno y la asamblea de Roogen.

Había una vasta tribuna semicircular, atestada de público, que presenciaba el debate que, por otra parte, era transmitido por televisión. Hary frunció el ceño; aquello se ponía cada vez más feo.

Se hablaba de rebelión abierta, de secesión, de independencia del Gran Consejo de la Galaxia, de errores cometidos, se citaron dos planetas cuya evacuación había sido ordenada sin que luego hubiera ocurrido nada... sonaron gritos subversivos, se profirieron insultos y amenazas...

La campanilla del jefe de gobierno consiguió restablecer el orden y acallar el tumulto.

—Señores, amigos todos, por favor, escuchemos al mensajero. Es su obligación y la nuestra; su obligación es comunicarnos el mensaje transmitido por el Gran Consejo de la Galaxia y nuestro deber es

escucharlo.

—¡Abajo el Gran Consejo! — gritó un exaltado.

—¡Viva Roogen independiente! — aulló otro.

—¡A la horca el Pesador!

—¡Fuera, fuera!

Hary se puso en pie, pálido, pero sereno, mientras los insultos llovían sobre él. Le habían puesto una mesa delante, donde tenía diversos documentos, uno de ellos con el gran sello de lacre de la Presidencia del Gran Consejo de la Galaxia. Era preciso reconocer que las fórmulas resultaban exquisitas: las letras del mandato de evacuación eran en relieve y oro, con caracteres góticos antiguos.

Un pergamino precioso, pero que condenaba a la ruina a varios millones de personas.

El orden se restableció, cuando Millen amenazó con evacuar la sala. Hary esperó unos minutos y dijo:

—Señores, amigos de Roogen. Están tomando a mi humilde persona por blanco de su resentimiento y no se lo reprocho, pero quisiera hacerles comprender que no hay nada personal en todo esto. Los análisis son concluyentes: Roogen está amenazado de explosión. ¿Cuándo se producirá?

»No se puede fijar una fecha exacta, aunque sí aproximada: dentro de tres meses como mínimo y siete como máximo. Es en ese plazo de cuatro meses cuando las tensiones internas, a las que se suman las externas de las atracciones gravitacionales de los planetas vecinos, provocarán la disgregación del planeta, que se convertirá en billones de minúsculos fragmentos.

»Hay sobrados ejemplos de casos anteriores, demasiados para citarlos uno por uno — continuó Hary serenamente—. No es mi intención mencionar, por ejemplo, el cinturón de asteroides de uno de los sistemas más conocidos, el sistema solar, del cual procedemos todos, cinturón de asteroides que se formó por la explosión del planeta que había entre Marte y Júpiter. Tampoco mencionaré los anillos de Saturno, un satélite que explotó por las causas ya explicadas anteriormente.

»Me referiré a los dos casos que se han citado en esta discusión y de los cuales se ha llegado a decir que las órdenes de evacuación fueron erróneas, porque dichos planetas siguen intactos. Siento desmentir al honorable diputado que ha hecho tales manifestaciones.

»Karrythers, el primero de dichos planetas, se ha resquebrajado en

dos partes, casi idénticas, y nuevas grietas aparecen a cada momento, lo que indica que en pocas semanas, acabará por desintegrarse totalmente. En cuanto al segundo, Vera 5, minutos antes de tomar tierra, se me comunicó el estallido súbito, repentino, tan instantáneo como si hubiese sido una bomba.

»Una de las dos cosas ocurrirá en Roogen, indefectiblemente. La destrucción será lenta o se producirá instantáneamente. De forma personal, me inclino a creer en la segunda probabilidad. He estado seis meses estudiando a Roogen y tengo motivos para emitir semejante afirmación.

»No hablaré más — concluyó Hary—. Mi misión, como Pesador, queda concluida en el momento de entregar al señor Presidente del gobierno de Roogen el mandato de evacuación, dictado por el Gran Consejo de la Galaxia.

Un gran silencio se produjo después de las últimas palabras de Hary. Parecía como si sólo entonces se diesen cuenta los habitantes de Roogen de la real amenaza que gravitaba sobre ellos.

Lentamente, Hary tomó el mandato y, cruzando la sala, lo depositó ante el presidente Millen. En aquel momento, la gente pareció reaccionar.

—¡No queremos irnos! — gritó uno.

—¡Evacuación, no!—chilló otro.

—¡ Independencia, independencia ! — vocearon otros.

—¡Roogen es nuestra patria! ¡Nos quedaremos!

—¡Independencia, sí; evacuación, no!

El grito se convirtió en un «slogan», monótonamente repetido por centenares de voces, que, además, eran acompañadas por un acompasado pateo. Miller intentó imponer silencio, pero desistió cuando vio que sus esfuerzos eran inútiles.

Al cabo de un rato, sin embargo, los gritos se hicieron más débiles, hasta que el vocerío cesó naturalmente. Millen aprovechó la ocasión y se puso en pie.

—Pesador — dijo—, la asamblea va a deliberar privadamente acerca del mandato que usted nos ha entregado. Le rogamos se retire. En el momento oportuno, le haremos saber el resultado de nuestra deliberación.

Hary empezó a recoger sus papeles.

—Nada más justo, Presidente — respondió—. Permítame

advertirle, sin embargo...

Millen alzó la mano.

—Debo recordarle, Pesador, que esta Asamblea es soberana y asociada, pero no una dependencia burocrática del Gran Consejo Galáctico. El mandato, en efecto, ordena la evacuación de Roogen, pero me permito indicar al Pesador que le sería conveniente una relectura de las Constituciones de la Galaxia.

—Las conozco perfectamente, señor—dijo Hary.

—Entonces, le recomiendo se fije en el Artículo número 87, que menciona la plena soberanía e independencia de los planetas asociados en sus relaciones exteriores.

—Conozco perfectamente el artículo citado, pero, a mi vez, me permito recordar al Presidente el artículo 55, en el que se acepta la autoridad del Gran Consejo en determinadas materias.

Millen enrojeció ligeramente.

—Será mejor que demos esta discusión por terminada— habló con frialdad—. Usted ya ha cumplido su misión; deje, pues, que nosotros cumplamos ahora la nuestra... y nuestra misión consiste en deliberar sobre el futuro de nuestro planeta.

Sonaron bravos y aplausos. Hary recogió sus papeles y abandonó la asamblea.

Al salir, vio a gentes de rostros enfurecidos. Arrugó el entrecejo; los ánimos, realmente, estaban muy excitados.

—¡Esbirro! — le insultó uno.

Otro le llamó algo impublicable. Hary aguantó en silencio los insultos.

Estaban provocándole. Mal debían de andar las cosas en Roogen cuando se permitía el desorden.

En el exterior del edificio, la concurrencia era numerosa. Decenas de puños se blandieron contra él.

—¡A muerte el Pesador! — rugió alguien.

Hary intentó alcanzar el coche que le había llevado desde el hotel. Algo duro y pesado le alcanzó entre los hombros, haciéndole vacilar.

Un puño se le hundió en el costado, arrancándole la respiración. Una mujer, lívida, desmelenada, con el aspecto de una furia, le escupió a la cara.

Un pie chocó contra su muslo izquierdo. Hary se tambaleó.

Los golpes le llovían ahora de todas partes. Comprendió que iba a morir.

Cayó al suelo. Una enfurecida multitud se arrojó sobre él.

Los guardias intervinieron por fin y dieron una carga, que alejó a los exaltados de sus proximidades. El oficial que mandaba la fuerza recordó a los más inmediatos las represalias a que podían verse sujetos si linchaban al Pesador.

Hary no se enteró de nada. Yacía en el suelo, inconsciente, las ropas desgarradas, el rostro tumefacto y sangrando por algunos puntos de su cuerpo.

Nadie se compadeció de él. Nadie se acercó a recogerle ni a curar sus heridas. Abandonado de todos, permaneció largo rato en el mismo sitio, sumido en una piadosa inconsciencia, que le impedía sentir ningún dolor.

Tiempo después, el Presidente Millen se asomó al balcón principal y gritó:

—¡Independencia para Roogen! ¡No evacuaremos!

La multitud prorrumpió en un rugido de alegría. Sonaron canciones, se bailó y se saltó exaltadamente. También se volvió a patear y a escupir el inanimado cuerpo del Pesador, hasta que un guardia, de mejores sentimientos que los demás, agarró aquella lastimosa figura por un tobillo y lo arrastró hasta un rincón, fuera de la vista de los fanáticos. Luego, el guardia se marchó, despreocupándose en absoluto de Hary Seaver.

CAPÍTULO II

Cuando volvió en sí, Hary Seaver sintió en su frente una grata frescura. Intentó moverse, pero todo su cuerpo era una masa de dolor.

Tenía los ojos casi cerrados y los labios tumefactos. Las costillas le dolían horriblemente a cada inspiración. Vagamente entrevió una figura humana que se movía por sus inmediaciones.

Alguien le aplicó compresas calientes al rostro. Hary quiso hablar, pero las palabras apenas se le entendían.

—No hable — dijo una voz suave y persuasiva—. Se recupera, pero todavía no está bien. Siga descansando.

Era una mujer, dedujo Hary. Las compresas calientes aliviaron notablemente la hinchazón de su rostro. Ella le dio algo a beber y, a los pocos momentos, Hary sintió que se sumía en un sueño plácido y sin pesadillas.

Cuando despertó, muchas horas después, se sintió considerablemente aliviado. Podía moverse, aunque todavía notaba dolores. Los ojos ya no le dolían al intentar abrir los párpados.

Estaba en una habitación fresca, sumida en la penumbra. Fuera oyó una voz agradable, entonando una vieja y triste balada. Hary estudió la decoración de la estancia. Era modesta, pero denotaba el buen gusto de los habitantes de la casa.

Alzó la voz.

—¡Eh! ¿Quién hay por ahí?

La canción cesó en el acto. El dormitorio no tenía puerta; sólo una cortina cerraba el hueco. Una mano blanca apartó la cortina y ella apareció ante los ojos del Pesador.

—Me alegro de que se sienta mejor — dijo la mujer, sonriendo ligeramente.

—¿Ustedes me recogieron? — preguntó él.

—Yo — admitió ella, aunque rectificando en parte la pregunta de Hary—. Vivo sola en la casa.

Hary la estudió unos momentos. Era alta, de formas majestuosas, cabellos rojizos, recogidos en un peinado clásico, y ojos de un intenso verde, que recordaban los de los felinos. En torno a su esbelto cuello tenía una gruesa cadena, aparentemente de oro, de la que pendía un pesado medallón, que descansaba entre los senos de líneas perfectas. Vestía con sencillez, un traje corto, sin mangas, sustentado por un par de tirantes delgados, cuya falda quedaba a quince centímetros de las

rodillas.

Ella tenía unas piernas perfectas, apreció Hary. Contrariamente a la moda, no llevaba botines de media caña, sino unas simples sandalias, apenas más que la suela, sujetas por unas cintas plateadas a los tobillos. Parecía relativamente joven, aunque sus rasgos, un tanto ambiguos, lo mismo podían pertenecer a una muchacha de dieciocho años, que a una mujer de treinta.

—Se arriesgó mucho — opinó Hary.

Una imperceptible sonrisa apareció en los labios de la joven.

—Ningún riesgo — contestó —. ¿Quién se acercaría a la casa de una apestada?

—¿Apestada? — se extrañó el Pesador.

—Sí..., pero no hablemos más de este asunto. Ahora le traeré algo de comida líquida. Lleva casi tres días en ayunas.

Hary estaba asombrado.

—¡Tres días!

—Dos sin conocimiento y casi uno durmiendo, por el narcótico que yo le administré. — Ella movió ligeramente la cabeza—. Ningún médico quiso venir a curarle.

—El rencor les ha hecho olvidar su juramento hipocrático — murmuró el Pesador. Y viendo que ella se disponía a salir, dijo—: Un momento, por favor; todavía no sé su nombre.

—Me llamo Bea Kilgry — respondió la joven con acento sosegado.

Poco después, volvió con una bandeja, en la que había un plato humeante. La dejó a un lado, acomodó a Hary en varios almohadones y, luego, le puso delante la bandeja. Mientras estaba inclinada hacia él, Hary admiró en silencio las hermosas líneas de su garganta y el perfecto trazado de su seno, captó un suave aroma, sumamente agradable, mezcla de flores silvestres y piel de mujer joven y limpia.

La sopa era espesa y nutritiva. Hary se sintió considerablemente mejor al terminar.

—Esto ya es otra cosa — dijo, esforzándose por sonreír con sus labios aún hinchados—. Puedo decir que le debo la vida, Bea.

—No tiene importancia. Me disgustan ciertas actitudes, aunque, en el fondo, pueda comprenderlas. Pero usted no hizo otra cosa que cumplir con su deber.

—Los Pesadores no somos bien mirados — dijo él—. Se nos

considera como pájaros de mal agüero, y es verdad, porque siempre anunciamos catástrofes o desastres. Pero nadie nos tiene en cuenta los millones de vidas que salvamos, aunque sea a cuenta de trastornos y molestias sin fin. Pero si se salva la vida, ¿qué importa lo demás?

Bea asintió.

—Es cierto, pero aquí no lo han tenido en cuenta. Se han desligado por completo del Gran Consejo y han resuelto no acatar el mandato de evacuación.

Hary guardó silencio un momento.

—Es una situación terriblemente crítica — dijo.

—Sí. ¿Qué hará ahora el Gran Consejo?

—Nada.

—¿Cómo? ¿No les obligará a...?

—¿Podría hacerlo sin una intervención armada, que costaría cientos de miles de vidas?

—Sí, pero...

—La responsabilidad es de las autoridades de Roogen, que ceden a la presión popular. Roogen será destruido antes de siete meses.

—Está habitado por unos doce millones de personas.

—Doce millones de futuros cadáveres — anunció Hary lúgubremente.

—Y... ¿no hay medio de convencerles de...? — Bea se calló, repentinamente desanimada. Luego dijo—: No, son demasiado obstinados. Se arrepentirán cuando ya sea demasiado tarde.

Miró al Pesador.

—El Gran Consejo no hace nada, precisamente para dar ejemplo a cualquier otro planeta que se halle en semejantes circunstancias — adivinó.

—Así es — confirmó Hary—. Nosotros, los Pesadores, estudiamos los planetas y calculamos las tensiones gravitacionales a que están sujetos, causa primaria de su posible destrucción. Cuando vemos que un planeta corre peligro de estallar, emitimos el informe, que es comprobado luego por otros Pesadores sobre el terreno, a fin de eliminar toda posibilidad de error. Luego, cuando los cálculos se revelan absolutamente correctos, el Gran Consejo acuerda emitir el mandato de evacuación.

—Que en Roogen ha sido desacatado — murmuró Bea—. Hary, dígame, ¿cómo se producirá la explosión del planeta? Las informaciones dicen que usted citó dos posibles formas de destrucción…

—Sí, es cierto. Fraccionamiento lento y explosión instantánea.

—¿En un segundo? ¿Como una bomba?

—No tanto, pero sí en pocas horas. Se producirán unos fortísimos terremotos, se abrirán grietas de cientos de kilómetros de longitud y empezarán a saltar al espacio rocas de cientos de kilómetros cúbicos de tamaño, rodeadas de otras más pequeñas, naturalmente. Las grietas se alargarán y ensancharán, los fuegos plutónicos saldrán a la superficie y… Bien, a las veinticuatro horas, Roogen será, de manera absolutamente literal, un montón de escombros que se esparcirán poco a poco por el espacio, hasta adoptar unas órbitas definitivas.

—Y nadie sobrevivirá — musitó Bea.

—No, nadie, porque la atmósfera se separará de los restos, congelándose en otros pedazos de materia sideral, que volarán eternamente por el espacio, lo mismo que las aguas.

—Es terrible, terrible — dijo la joven—. Millones de personas morirán por no admitir un dictamen… cegadas por su obstinación…

—Así es — confirmó Hary.

Bea guardó silencio. Su esbelto pecho subía y bajaba con cierta rapidez. Hary estudió el medallón con más detenimiento.

Era de forma rectangular, grande, de más de diez centímetros de largo, por siete u ocho de anchura y dos y medio de grosor. En el centro, tenía una enorme piedra, que parecía un rubí, también de forma rectangular, enmarcada por una pesada montura de oro, constelada de piedras preciosas y una especie de clavos muy brillantes que, a primera vista, parecían hechos de plata.

Una joya rarísima, pensó Hary. Jamás había visto nada semejante. Debía de ser muy pesada e incómoda de llevar, pero, sin embargo, Bea no daba la sensación de molestia alguna.

—Tengo que hacer — dijo ella de repente, a la vez que se ponía en pie.

—Una pregunta, por favor — rogó Hary.

—¿Sí?

—¿No teme… represalias por haberme recogido?

Bea sonrió levemente, pero con amargura, advirtió Hary.

—Ya le dije antes que se me considera como una apestada — contestó. Le dirigió una ligera inclinación de cabeza y salió.

Hary quedó solo en el dormitorio, intrigado por la respuesta de la hermosa Bea. ¿Quién la consideraba como una apestada? Y... ¿en qué consistía aquella especie de discriminación? ¿Una terrible enfermedad, contagiosa e incurable?

Evocó relatos antiguos, donde los leprosos eran relegados a lugares de donde no podían salir y, si lo intentaban, eran apedreados. ¿Le sucedía a Bea algo semejante?

No, porque le había recogido en uno de los puntos más céntricos de la ciudad. Al menos, se le permitían los desplazamientos.

Pero ni siquiera los médicos habían ido a curarle a él. ¿Por su oficio de Pesador o por aquella especie de maldición que gravitaba sobre la hermosa Bea?

Volvió a dormirse. Por la noche, cenó algo más sustancioso. Las energías le volvían rápidamente. Siempre había sido un hombre fuerte y robusto y, por fortuna, no tenía ningún hueso roto.

Al día siguiente, probó a levantarse. Las piernas se le afirmaron, tras los primeros intentos. Sorprendido, encontró ropas limpias.

Bea entró cuando ya se había vestido.

—Me alegro de verle en pie — dijo sobriamente.

—Gracias. Estoy recuperándome rápidamente. Me iré dentro de un par de días.

Bea asintió.

—Lo encuentro lógico — dijo.

—Siempre recordaré su gesto y sus atenciones con gratitud. Quisiera pagarle lo que ha hecho por mí...

Ella levantó una mano.

—Olvídelo, fue un deber de humanidad — contestó.

—Aquí, ni los médicos se acordaron de ese deber — dijo él con amargura.

—No se lo tome demasiado a pecho — aconsejó

Bea—. A fin de cuentas, ya se ha pasado lo peor. ¿Cuándo se marcha?

—Dentro de un par de días. Es decir, si no me han destrozado la

nave o algo por el estilo.

Bea sonrió ligeramente.

—Está intacta — dijo.

—¿Ha ido usted al astropuerto?

—¿De dónde han salido las ropas limpias que lleva? — Bea vaciló ligeramente—. Mi... mi economía no marcha demasiado boyante; si no, le hubiera comprado ropas en cualquier tienda...

—¡Oh, cuánto lo siento!—exclamó Hary—. Trataré de remediar ese apuro.

—¡No, por favor!—protestó la joven.

Hary se acercó a la mesita, donde tenía sus efectos, y abrió la billetera. Extrajo de la misma un rectángulo de papel dorado y se acercó a la joven.

Bea dio un paso atrás.

—No — dijo, muy sofocada.

Hary le tomó una mano y puso en ella el billete.

—Un Pesador tiene un sueldo magnífico y, desdichadamente, pocas ocasiones de gastarlo...

—Pero yo no lo hice por ganarme una recompensa— alegó ella.

—Ya lo sé. Sin embargo, se la ha ganado.

—Me ha dado diez mil créditos.

—Lo sé. Puede que con una docena de ellos cubra los gastos que ha hecho en mi favor. El resto es la recompensa por su trabajo.

—Yo no...

—Déjeme hablar, Bea — pidió Hary—. Este planeta va a explotar. Me gustaría llevarla conmigo en mi nave, pero no puedo hacerlo. Los reglamentos son muy estrictos al respecto. Tome un pasaje en la primera nave que salga, para donde más le agrade y convenga, y abandone Roogen. Es la mejor manera de salvar la vida.

—Así, pues, usted cree en la destrucción del planeta.

Hary miró fijamente a la mujer.

—En efecto, no cabe la menor duda — respondió.

Bea lanzó un profundo suspiro.

—¡Lástima! ¡Empezaba a tomarle afecto!—dijo.

—¿Afecto… cuando la consideran como una apestada?— se sorprendió el Pesador.

—Las plantas, los animales, el aire perfumado, las corrientes de agua… son cosas que no me rechazan ni me consideran como una apestada — respondió ella—. Sentiré mucho tener que abandonar Roogen.

—Sí. Es un planeta muy hermoso, a pesar de sus habitantes — convino Hary—. Pero muy pronto dejarán de existir, unos y otros — concluyó lúgubremente.

CAPÍTULO III

Estaba en el espacio cuando Roogen dio las primeras señales de desequilibrio.

Naturalmente, Hary había situado su nave en una órbita prudentemente alejada del planeta condenado a la destrucción. A unos quince millones de kilómetros, la astronave del Pesador flotaba como una mota de polvo brillante en el negro firmamento.

Hary enfocó hacia Roogen el potente telescopio que formaba parte del equipo de la nave. La imagen del planeta era clara, nítida y el poder resolutivo del aparato era tal, que le permitía ver fácilmente, extensas zonas que luego eran ampliadas en la pantalla de observación.

Hary pudo captar algunas naves que huían precipitadamente del planeta. Se imaginó escenas de pánico, hombres ofreciendo dinero y joyas por una plaza en una astronave; pánico, muertes, los débiles atropellados... Meneó la cabeza tristemente. La obcecación de los habitantes de Roogen les había conducido a la catástrofe.

En la capital sucedía todo tal como pensaba Hary. Los terremotos se sucedían ininterrumpidamente. Las gentes corrían alocadamente de un lado para otro, buscando un medio de locomoción para escapar a lo inevitable.

La víspera, cuando se sintieron los primeros temblores de tierra, que causaron innumerables víctimas, una partida de exaltados había asaltado el palacio del gobierno, dando muerte al presidente y a sus ministros. La enfurecida muchedumbre olvidaba que eran ellos precisamente quienes habían forzado al gobierno a adoptar una actitud rebelde contra el Gran Consejo de la Galaxia.

Veinticuatro horas después del primer temblor de tierra, un enorme bloque sólido se desgajó del planeta y flotó hacia el espacio, envuelto en una nube de piedras menores. El bloque había formado parte del suelo de una de las ciudades y las gentes que habían sobrevivido al terrible seismo, se sintieron incapaces de escapar del nuevo asteroide.

Poco después, el pedrusco perdió la atmósfera. Ciento veinte mil personas murieron asfixiadas.

Hary lo veía todo desde su observatorio, aunque no detalles menudos, como el citado. Vio que se abría una larguísima grieta en la superficie del planeta y que enormes trozos de su estructura saltaban al espacio, con aparente lentitud en un principio para disgregarse después a grandes velocidades.

Y, de pronto, las tensiones actuaron con el máximo de su intensidad y el planeta se convirtió en millones de trozos, que empezaron a dispersarse por el espacio.

Durante largo tiempo, aquella zona sería prohibida a la navegación, hasta que, lentamente, los asteroides fueran adquiriendo sus órbitas definitivas y los observadores las determinaran de modo que se pudiera viajar sin temor a un funesto choque.

Lanzando un suspiro, Hary puso en marcha los potentes motores de la nave y se alejó de aquel lugar. Ahora debía volver a su Cuartel General para rendir el informe final.

Mientras volaba por el espacio, pensó en Bea Kilgry. Desde que se habían separado, no había vuelto a tener noticias de la joven. Se preguntó adonde podría haberse dirigido desde Roogen.

Meneó la cabeza. Imposible saberlo..., aunque albergaba la esperanza de que Bea, un día, le enviaría una tarjeta postal como saludo, indicándole, además, su nueva dirección.

* * *

Ben Lanossa, el Vicedirector del Servicio de Pesadores, hojeó el informe que le había entregado Hary y luego le miró con una ligera sonrisa en los labios.

—Así que Roogen se fue al cuerno — dijo.

—Ahora corresponde a los astrónomos determinar las órbitas de los asteroides a que ha quedado reducido tras la explosión.

Lanossa asintió.

—Pasaremos una copia de tu informe al Servicio Astronómico — declaró. Meneó la cabeza con gesto apesadumbrado—. Han muerto diez millones de personas — añadió.

—Todos eran tercos y obstinados — dijo Hary, sombríamente.

—Sí, pero las autoridades de Roogen pudieron haberlo evitado si se hubiesen portado con algo más de cordura. Es una lástima que no hayamos tenido aquí a unos cuantos de ellos, para demostrarles su estupidez y condenarles luego a muerte.

—Puedes sugerirlo al secretario general del Gran Consejo, para que presente una moción en ese sentido— indicó Hary.

—No sería mala idea — dijo Lanossa pensativamente, mientras se acariciaba la mandíbula—. Hablaré con él y... Oye, ¿has oído hablar alguna vez de Mark Toobin?

—Sí, el segundo Vicedirector — exclamó Hary sorprendido—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es un asunto muy reservado — contestó Lanossa—. Ya no está con nosotros.

Hary arqueó las cejas.

—¿Por qué? Un Pesador no puede abandonar así, tan fácilmente, la Corporación… Se necesitan muchos requisitos para que el Gran Consejo acceda a la baja…

—Toobbin se marchó por las buenas hace bastantes meses y nadie sabe dónde está. Es un poco cuestión de prestigio dar con él, ¿comprendes?

—En parte solamente, Ben. Explícate, por favor — pidió Hary.

—Sospechamos que Toobin sufrió un ataque de demencia. Había resuelto un par de casos difíciles y puede que el trabajo afectase a la estabilidad de su mente.

—Tal vez, aunque no es corriente — dijo Hary.

—El caso es que se marchó y no sabemos dónde está. Si apareciese y, además loco, como suponemos, el prestigio de la Corporación recibiría un duro golpe. Nuestros informes sobre planetas inestables se basan, precisamente, en la estabilidad mental de los Pesadores.

—Creo que te voy entendiendo — murmuró Hary—. La gente podría alegar que nuestros informes no son de confianza y…

—Justo — suspiró Lanossa—. Nos iríamos al cuerno, como Corporación se entiende. No lo hago a título particular, sino porque me doy cuenta, sin falso orgullo, que somos necesarios. Un incidente como el de Toobin podría poner en entredicho nuestra reputación y, lo que es peor; peligraría nuestra supervivencia.

—Comprendo, pero, ¿qué puedo hacer yo?

—Los demás Pesadores ya están advertidos. Es preciso encontrar a Toobin.

—Supongamos que lo encuentro. ¿Qué hago con él?

—Depende de tu discreción y dotes diplomáticas. Si puedes atraerlo a tu nave mediante engaños o como te parezca mejor… pero si desaparece discretamente y sin que nadie lo sepa, mejor todavía.

Hary miró fijamente a su amigo.

—¿Estás sugiriéndome la idea de un asesinato, Ben? — preguntó.

—No tomes mis palabras por lo que no son — rezongó Lanossa—. Es la existencia de Toobin contra la de la Corporación.

—No somos tantos — alegó Hary —. Menos de cien y menos importantes de lo que parece.

—No seas modesto — refunfuñó el Vicedirector—. La Galaxia necesita de nosotros. No podemos permitir que la actitud de un demente destruya en poco tiempo la paciente labor de siglos.

—Bueno, veré lo que hago, pero desde luego, no cuentes conmigo para una eliminación física. A lo más que puedo comprometerme es a traértelo en una bandeja, atado de pies y manos... si lo encuentro, por supuesto.

Lanossa sonrió.

—No creo que sea fácil que lo encuentres, pero, en fin, ya estás advertido. ¿Qué piensas hacer ahora? — preguntó, para desviar el tema.

—Bueno, tengo unos días de descanso, ¿no?

—Sí, un par de meses, si así lo deseas. Cuando hayas terminado tus vacaciones, te encomendaré un trabajito.

Lanossa tomó unos documentos que había en su mesa y hojeó uno de ellos atentamente.

—DeSoto III parece dar señales de inestabilidad — dijo—. El coeficiente sísmico ha aumentado en un 0,7 por ciento en los últimos meses. Averigua qué hay... cuando hayas terminado tus vacaciones.

—De acuerdo. —Hary se puso en pie—. ¿Algo más?

—No. Espera... Cuando salgas de nuevo al espacio, bien... si piensas hacer algo por buscar a Toobin, ten en cuenta un detalle.

—Dime, Ben.

—Parece ser que en su desequilibrio mental ha intervenido una mujer.

—Que le dejó plantado, naturalmente — sonrió Hary.

—Algo de eso hay, porque ella desapareció antes que Toobin. Bueno, tal vez la esté buscando aún... o quizá la haya encontrado y se hayan retirado Dios sabe adonde, a vivir un tormentoso idilio. Pero conociendo su nombre y, más todavía, con una fotografía suya, tendrías más probabilidades de encontrarlo.

—Desde luego. ¿Cómo se llama?

—Bea Kilgry.

Hary guardó silencio, mientras Lanossa le alargaba una fotografía. Su primera intención fue rechazarla, diciendo que ya la conocía, pero un oscuro instinto le hizo callar.

Dominando su emoción, examinó la fotografía con aire natural.

— Es muy hermosa — dijo.

—Una auténtica belleza — convino Lanossa —. Pero tal vez por culpa suya, la Corporación puede hallarse en peligro. En fin — suspiró —, haz lo que puedas. No eres un policía, sino un Pesador.

—Quizá puedan compaginarse ambas cosas — sonrió el joven—. Envíame al hotel cuantas noticias recibas acerca de DeSoto III. Si vieras que la cosa se agudizaba, saldría a investigar sin pérdida de tiempo.

—De acuerdo. Hary, eres un buen Pesador. Daré un buen informe tuyo al secretario del Gran Consejo. Ahora eres Pesador de Primera Clase, ¿verdad?

—Tengo cuatro círculos de oro — sonrió él.

—Veré a ver si puedo conseguirte el ascenso a Oficial Pesador. Así te podrías poner el quinto círculo.

—Gracias, Ben. Hasta la vista.

—Adiós, Hary.

Hary regresó a su hotel, profundamente turbado por las noticias recibidas. Jamás habría soñado con saber de Bea en un lugar situado a varios años de luz de distancia del sitio donde la había conocido por primera vez.

Y, de repente, sin saber por qué, sintió celos. Ello le hizo ponerse de mal humor y, en la soledad de su habitación, pues no era bueno desprestigiar a la Corporación de Pesadores de Mundos, se emborrachó.

Durante varios días, hizo una vida de ocio absoluto. Tenía familia, pero no vivían en el planeta capital donde residía el Gran Consejo de la Galaxia. Visitaba a sus padres y hermanos muy raramente, sólo cuando sus casi continuos viajes por el espacio le hacían pasar por las cercanías del planeta donde ellos residían.

Estaba solo. Disponía de dinero en abundancia, el sueldo de un Pesador era fabuloso, pero no sabía en qué gastarlo.

Discretamente, hizo investigaciones acerca de Mark Toobin, sin

conseguir gran cosa. Ello, sin embargo, le condujo a conocer un detalle que estimó de cierta importancia: el antiguo domicilio de Bea Kilgry.

CAPÍTULO IV

La capital del planeta era una ciudad funcional en el más estricto sentido de la palabra. En ella residían los hombres que componían los centros nerviosos que regían los destinos de una Galaxia con miles de planetas habitados. Se habían aprovechado viejas experiencias urbanísticas para levantar una ciudad perfecta, sin los defectos de otras grandes urbes.

La capital ocupaba una vastísima extensión de terreno. Había pocos edificios de relativa altura; era raro el que tenía más de tres o cuatro pisos. Las comunicaciones eran fáciles, abundantes y gratuitas.

Para distancias cortas, se empleaban las aceras o escaleras móviles. Para desplazamientos largos, se usaban los trenes subterráneos, los que, según la distancia que debían recorrer, así como las estaciones intermedias, iban a mayor o menor velocidad.

Hary tomó un tren de velocidad reducida, lo que significaba que el convoy se desplazaba solamente a ciento veinte kilómetros por hora. Ya había estudiado previamente en un plano la situación de la casa donde había vivido Bea.

Ni siquiera sabía por qué iba allí. Era un impulso irresistible, para el cual no encontraba explicación posible. Iba a casa de Bea y eso era todo.

Diez minutos más tarde, salía a la superficie. No había tránsito de vehículos por las calles. Los vehículos comerciales eran voladores y trabajaban a primeras horas del día. En el cielo no se veían aparatos, salvo algunos patrulleros policiales que se movían perezosamente, vigilando la superficie.

Abundaban las zonas verdes. Hary tomó una acera deslizante, de quince kilómetros horarios de velocidad, y se dejó llevar durante mil doscientos metros. Las estaciones del subterráneo lento se hallaban separadas por un intervalo de dos kilómetros y medio.

Abandonó la acera de un salto y se detuvo ante una casita aislada, rodeada de un pequeño jardín. Hary pudo ver que las plantas crecían anárquicamente, lo cual le dio una idea del abandono en que estaba la propiedad.

Avanzó a lo largo del sendero central. La casa estaba cerrada.

Dio la vuelta al edificio. Había una puerta en la fachada trasera. Tanteó el pomo maquinalmente y comprobó que la puerta no estaba cerrada con llave.

La casa estaba sumida en un profundo silencio. Hary avanzó

lentamente, sin tener la menor idea de lo que podría encontrar allí. Abrió la puerta que daba a la sala principal y, de pronto, le pareció escuchar el sonido de una respiración humana.

Alguien se le arrojó encima súbitamente. Las ventanas estaban cerradas y apenas había luz. Hary distinguió la silueta de un sujeto alto y tremendamente fornido, cuyos ojos brillaban fieramente en la oscuridad, Repelió el primer ataque, pero un tremendo puñetazo en la mandíbula le hizo perder el conocimiento y cayó al suelo.

Cuando despertó, sólo había silencio y penumbra a su alrededor. Dejó pasar unos minutos antes de intentar el primer esfuerzo para levantarse.

Se tanteó la mandíbula.

— El tipo pega duro — murmuró—. ¿Era Toobin?

Levantó las persianas. Quería luz.

Examinó la sala con atención. Había un secretaire en uno de los rincones y lo vio abierto.

Se acercó al mueble con curiosidad. Había bastantes papeles, todos ellos revueltos, como si el intruso los hubiera examinado presurosamente.

Hary empleó más tiempo. Eran cartas, algunas de amor, pero no escritas por Bea, sino por Toobin. Hary leyó algunos párrafos y empezó a creer en el desequilibrio mental del Pesador desaparecido.

Un amor no correspondido había causado a Toobin graves trastornos. Ridículo, en una época en que las naves espaciales volaban, a veces, a velocidades mil veces superiores a la de la luz.

Pero el hombre seguía siendo hombre a través de las edades y pese a todos los adelantos técnicos. Hary se dijo que, si él se hubiera encontrado en un caso semejante, se habría sometido inmediatamente a tratamiento médico para olvidar a Bea.

¿Estaba seguro de que hubiera hecho una cosa semejante?, se preguntó. El tratamiento médico le habría hecho olvidar a Bea por completo y no sólo metafóricamente, sino de una manera absolutamente real.

Cómo si Bea jamás hubiera existido.

¿Le habría agradado olvidarla totalmente? ¿No habría intentado, por todos los medios, conseguir su afecto?

Eso era, sin dudas, lo que había hecho Toobin, con el resultado de que su desequilibrio se había acentuado, hasta desertar de la

Corporación.

Meneó la cabeza. A fin de cuentas, no era labor suya. Si lo encontraba, bien; si no...

De pronto encontró en un papel algo que llamó su atención. ¿Le habría pasado desapercibido a su atacante?

Era una dirección: Explanada Sinner, 41, Gereida, DeSot...

Hary se mordió los labios. Gereida era una ciudad del planeta DeSoto.

Pero había cuatro del mismo nombre, los cuales, para evitar confusiones, habían sido numerados.

Tendría que examinar una Geografía interestelar. De este modo, sabría a cuál de los DeSoto pertenecía Gereida.

Ya no pudo encontrar nada más que llamase su atención. Abandonó la casa y regresó a su alojamiento.

Tenía la dirección guardada en el bolsillo. Sentándose ante la pantalla del visófono, marcó un número y pidió información.

—Gereida — dijo—. Es una ciudad. Quiero saber a qué planeta pertenece. Caso de que lo tengan proyecten el plano, por favor.

—Al momento, señor.

La respuesta no se hizo esperar. A Hary no le extrañó demasiado que Gereida perteneciese a DeSoto III.

—Ahora le proyectamos el plano, señor — dijo la encargada de Información—. Conecte su pantalla suplementaria de noticias.

—Gracias, señorita.

Hary conectó la pantalla del televisor de distracción, de casi un metro de alto. El plano de la ciudad apareció a poco ante sus ojos, en una zona parcial.

—Puede mover el mando de desplazamiento en todos los sentidos, así encontrará la zona que busca — le indicaron.

Hary lo hizo así. Al cabo de diez minutos encontró la Explanada Sinner.

Parpadeó. Era una zona periférica de la ciudad. El número 41 estaba situado en el borde externo de la Explanada.

—Como en Roogen —dijo.

Cerró la emisión pensativamente.

También en Roogen Bea había vivido en una casa aislada, separada de las demás, fuera de la ciudad prácticamente. ¿Seguía siendo una apestada en cualquier rincón de la Galaxia?

Tenía que averiguarlo, no había otra solución.

—Suponiendo que ella esté en Gereida — se dijo.

Pero era una pista y no podía desecharla. Se acercó al visófono y marcó un número. La cara del Vicedirector apareció a poco en la pantalla.

—Hola, Hary — saludó Lanossa—. ¿Ocurre algo?

—Sí. Tengo una posible pista en el caso Toobin.

—¡Estupendo! ¿Cómo la has encontrado?

—Pues... registrando la casa de su chica.

—¡Caramba! Eres un tipo astuto, Hary.

—¿Es que vosotros no lo habíais hecho?

—Sí, pero hace mucho tiempo. Ella nos dijo que no sabía dónde podía estar su enamorado. ¿Qué has encontrado tú, Hary?

—Una dirección en DeSoto III. Quizá ella esté en aquel planeta.

—En ese caso, valdría la pena investigar y, más, teniendo en cuenta que el coeficiente sísmico ha subido de 0,7 a 0,8 1/2.

Hary silbó.

—Eso es peligroso, Ben — comentó.

—Demasiado. Si subiera el coeficiente a 1,5 1/2, sería cosa de recomendar la evacuación, como muy bien sabes. ¿Cuándo zarparás?

—Ordena que alisten mi nave, ¿quieres? Levantaré el vuelo apenas esté lista.

—Conforme. Ya te avisaré, Hary.

—Gracias, Ben. Ah, una cosa. Estoy recordando ahora la posición de DeSoto III en el espacio.

—¿Y ?

—Bueno, no tiene demasiados planetas cerca ni tampoco de mayor volumen que el suyo. Cuando sucede una cosa semejante, se acentúan las tensiones gravitacionales, pero no en el caso de DeSoto III, me parece.

—Hary, la gravedad tiene cosas raras — dijo Lanossa sentenciosamente—. Puede que DeSoto no tenga planetas

perturbadores en las cercanías, pero quizá la tensión venga de otro mundo relativamente alejado, que desequilibre las tensiones de los que le rodean, ¿comprendes?

—Perfectamente, aunque me parece un tanto extraño — contestó Hary —. En el caso de Roogen era algo que se apreciaba al primer vistazo. Pero en el de DeSoto III...

—Vamos, no seas pesimista — sonrió Lanossa—. Encontrarás la fuente de perturbación, ya lo verás.

—Y correré el riesgo de un segundo linchamiento.

—Esta vez, no — aseguró el Vicedirector—. El ejemplo de Roogen ha cundido hasta los más remotos confines.

—Sí, y precisamente se le dejó explotar para que los demás escarmentasen, ¿no es cierto?

—Debo reconocerlo, aunque, ¿acaso no se lo buscaron ellos?

—No me agradan los escarmientos a base de la muerte de diez millones de seres humanos — se quejó Hary.

—¿Qué podíamos hacer? — refunfuñó Lanossa—. ¿Enviar una armada para matar a un millón... y que nos matasen a cien mil soldados? La responsabilidad fue de ellos y de nadie más, Hary, no te rompas la cabeza.

Estrictamente, así era, se dijo el Pesador, una vez hubo terminado el diálogo. ¿Qué podía hacer el Gran Consejo? ¿Arrasar un planeta... que iba a ser destruido por las fuerzas de la naturaleza poco después?

Resultaba duro admitirlo, pero la explosión de Roogen y la muerte de sus diez millones de habitantes servirían de ejemplo a los demás mundos amenazados del mismo mal.

* * *

El oficio de Pesador era no sólo delicado, sino duro. Arrastraba entre otras cosas, largos meses de solitaria permanencia en el espacio, sujeto a una extrema tensión y a un trabajo prácticamente incesante durante las veinticuatro horas del día.

Había que comprobar con gran frecuencia los delicados instrumentos de que iba equipada la nave de un Pesador. Los momentos de sueño eran más bien escasos y, aunque la nave iba provista, y en abundancia, de todo género de provisiones, al cabo del tiempo, la dieta se hacía exasperantemente monótona.

Era preciso poseer una salud de hierro y no sólo física para soportar los riesgos de la profesión, principalmente atraídos por la

paga, aunque no faltasen los morbosos amigos de las aventuras, solicitaban el ingreso en la Corporación de Pesadores.

Los elegidos eran poquísimos. Resultaba extremadamente difícil superar las pruebas de admisión. Por otra parte, el que era rechazado una vez, o eliminado a lo largo de las pruebas, ya no podía optar nuevamente a ocupar un puesto de Pesador.

La palabra estaba bien aplicada: pesaban los mundos, porque, en definitiva, el peso proviene de la gravedad. Donde no hay gravedad, no hay peso.

Los instrumentos de a bordo medían la potencia de la tensión gravitacional de los planetas que circundaban al sospechoso. Cuando señalaban una cifra superior a los límites permisibles, el planeta era evacuado.

Hary se hallaba con su nave en las inmediaciones de DeSoto III. En torno al planeta y a distancias variables entre dos y trescientos veinticinco millones de kilómetros, había hasta una docena de planetas.

Ninguno era mayor que el supuestamente afectado de desaparición, por lo que la tensión gravitatoria no podía superar a la de DeSoto III. Las fuerzas gravitacionales se equilibraban entre sí.

Sin embargo, en los últimos tiempos, el coeficiente sísmico había aumentado de una manera peligrosa. Era preciso averiguar si se trataba de movimientos internos de ajuste de las capas geológicas del planeta o, por el contrario, se debía a causas externas.

Las órbitas de los planetas eran distintas, naturalmente. Sin embargo, había ocasiones en que dos planetas se colocaban en oposición con respecto a DeSoto III, esto es, los tres aproximadamente en hilera. Entonces, las gravedades de los dos planetas se sumaban y superaban a la de DeSoto III.

Los instrumentos, sin embargo, señalaban una fuente extraña de perturbación. Lanossa había sospechado la posible interferencia gravitacional de algún planeta situado fuera del sistema al que pertenecía DeSoto III.

Era preciso localizar direccionalmente al planeta sospechoso, reconocerlo y calcular sus datos: masa, volumen, órbita y tiempo de revolución, entre otros.

Hary localizó un planeta situado a doce mil ochocientos millones de kilómetros, con una masa cinco veces superior a la de Júpiter del Sistema Solar. Estudió los mapas celestes: el planeta se llamaba Linnetys y estaba deshabitado.

La distancia era excesiva para que la masa de Linnetys causara perturbaciones en DeSoto III.

A pesar de todo, las perturbaciones continuaban. Y su fuente parecía provenir de Linnetys. Pero esto no era posible, según todas las teorías.

Los médicos, a veces, sostenían la teoría de que, según el tratamiento aplicado, el enfermo debía sanar. Pero el enfermo moría, pese a las teorías. ¿Iba a suceder lo mismo en DeSoto III?

De todas formas, había tiempo suficiente. Hary decidió descender. A veces, un Pesador tenía necesidad de realizar estudios sobre el terreno. Una vez resuelto, dirigió su nave hacia Gereida.

CAPÍTULO V

El jefe del astropuerto, naturalmente, estaba enterado de la llegada del Pesador. Hary lo había notificado desde el espacio, rogando, de paso, discreción.

El jefe del astropuerto se llamaba Rexlar. Como ya era costumbre, Hary sólo vio rostros ceñudos a su alrededor al poner los pies en el suelo.

—Bienvenido a Gereida, señor — saludó Rexlar, pero era una frase hecha y nada sincera. Dio su nombre y añadió—: Tal como usted recomendó, hemos guardado su llegada en secreto. Ciertamente, la hemos comunicado a las autoridades, pero también hemos hecho presente sus deseos de pasar desapercibido.

—Es usted muy amable — contestó Hary—. Vengo en misión oficial, por supuesto, aunque, de momento, no tengo malas noticias que comunicarles.

—Pero tampoco buenas — dijo Rexlar.

—Lo siento. Su planeta está en observación. Los coeficientes sísmicos han aumentado excesivamente en los últimos meses.

—Eso es cierto, pero se trata de terremotos sin importancia. Los geólogos aseguran que se trata de movimientos estabilizatorios de la corteza del planeta.

—Ojalá fuera así — dijo Hary—. Por cierto, ¿cuándo se sintió el primer terremoto de importancia?

—Hace unos cinco meses, aproximadamente. Las destrucciones fueron grandes, aunque, por fortuna, sin daños personales. Algunos heridos sin importancia, simplemente.

—Lo celebro. Me alojaré en la ciudad durante algunos días. Le ruego cuide de la nave.

—Es nuestra obligación — contestó Rexlar gravemente.

Un sordo rumor, que parecía provenir del horizonte, se dejó oír de manera súbita. El suelo osciló durante varios segundos.

Un par de hombres cayeron a tierra, gritando asustados. Hary conservó el equilibrio, abriendo las piernas y separando los brazos. Rexlar frunció el ceño.

Un muro se derrumbó estrepitosamente a lo lejos. Se elevó una espesa nube de polvo. Sonó una sirena de alarma.

—Es la tercera sacudida en otras tantas semanas — dijo Rexlar

ceñudamente, cuando hubo cesado el terremoto.

Miró a Hary. El rostro del Pesador estaba inusitadamente serio.

—Está pensando en que DeSoto III ha de ser evacuado—se lamentó Rexlar.

—Todavía no hay nada perdido — sonrió Hary.

Rexlar meneó la cabeza tristemente.

—Tendremos que irnos — dijo—. Lástima, no he nacido aquí, pero había tomado cariño a esta tierra. De todas formas, no me ocurrirá lo que les pasó a los de Roogen.

—Conoce el hecho, ¿verdad?

—Sí. Fueron unos estúpidos. Aquí no lo seremos... aunque me gustaría que sólo fuese cosa del planeta. Pesador, tengo un coche a su disposición para llevarle adonde disponga.

—Un buen hotel, es todo lo que necesito — contestó Hary.

Media hora después, Hary lanzaba su maletín sobre la cama del cuarto que le habían asignado en el hotel. Era una habitación más bien modesta, dado que Gereida no era una ciudad de gran importancia. Sin embargo, Hary estaba acostumbrado a alojamientos peores.

Vestía ropas sin distintivos. No convenía que se divulgase el hecho de su presencia en la ciudad. La gente se alarmaría en seguida, aunque era de suponer que sospechasen ya que DeSoto III estuviese sometido a vigilancia.

Sacó del maletín un plano de la ciudad, que había adquirido antes de emprender el viaje, y lo estudió detenidamente. No quería ir haciendo preguntas a los transeúntes.

Deliberadamente, había aterrizado a primera hora. Hizo que le sirvieran el desayuno en la habitación y, una vez reconfortado, salió del hotel.

Pese a su escasa importancia, Gereida era una población relativamente extensa. De reciente fundación, aún no disponía de medios de transporte colectivos para las personas. Los coches eran muy escasos.

Uno de los vehículos más predominantes era la bicicleta, artefacto desenterrado por la necesidad al cabo de los siglos. Muchas de ellas eran movidas por batería eléctrica. El suelo llano y sin elevaciones facilitaba los desplazamientos, evitando incomodidades, esfuerzos y un excesivo consumo de electricidad de las baterías.

Hary caminó a pie. Sentía necesidad de hacer ejercicio, después de varias semanas en el espacio. Hacía gimnasia siempre que podía, pero en el interior de la nave, sus ejercicios eran forzosamente limitados.

Una hora después, alcanzó la Explanada Sinner. Tratábase de una plaza de forma rectangular, con un gran jardín central. Las casas se hallaban en la periferia, más abundantes hacia la parte de la ciudad que en el extremo opuesto.

Se detuvo ante el número cuarenta y uno: El corazón le palpitó con fuerza.

Llamó a la puerta. Segundos después oyó ruido de tacones en el interior. La puerta se abrió y Bea apareció en el umbral.

Hubo una larga pausa de silencio. Hary hizo un movimiento de cabeza. Bea tenía los ojos muy abiertos.

—Soy yo — dijo él.

Bea le tendió una mano, a la vez que sonreía ligeramente.

—Pase — invitó.

Hary cruzó la entrada. Bea le indicó un diván en una sala de modesto aspecto.

—Le traeré café — dijo.

—Gracias.

Ella también estaba turbada, apreció Hary. Se alejó con paso cadencioso y volvió al cabo de unos minutos, con una bandeja en las manos.

—No esperaba su visita, Hary — dijo ella en voz baja.

—Tampoco yo pensaba venir a verla — manifestó el Pesador, mintiendo a medias.

—¿Está aquí por razones de su oficio?

—Sí.

Bea llenó las tazas. Luego se sentó frente a él, las rodillas muy juntas y las manos sobre el regazo. Sobre su pecho descansaba aquel enorme y curioso medallón. El medallón se movía a compás de la respiración de la joven.

—¿Va a explotar el planeta?

—Es probable, aunque no hay nada seguro todavía.

Bea le contempló un instante. Luego dijo:

—No lleva uniforme, Hary.

—Es una visita extraoficial. No quiero que la gente se alarme.

—Empiezan a alarmarse ya. Se han producido demasiados terremotos para no sentir recelos. Esta mañana, hubo uno...

—Lo sé, yo estaba en el astropuerto. — Hary dejó la taza a un lado—.Bea, ¿qué hace aquí? — preguntó.

Ella guardó silencio unos momentos.

—Resido en Gereida — contestó simplemente.

—Sola, aislada, como en Roogen.

—Sí.

—¿También aquí la consideran una apestada?

—No... no se puede afirmar tan rotundamente como en Roogen, pero no he hecho amistades.

—¿De quién huye, Bea?

La joven se puso en pie repentinamente y se acercó a una ventana. Su pecho palpitaba con rápidos vaivenes.

—No me haga preguntas, se lo ruego — contestó al cabo.

—Está huyendo de Mark Toobin.

Bea se volvió bruscamente hacia él.

—¿Cómo lo sabe? — preguntó.

—Toobin era Pesador también, Bea.

—¿Le conocía usted?

—No mucho, a decir verdad. Los Pesadores no solemos tener mucha relación unos con otros.

—Se pasan la vida en el espacio, claro.

—En parte, es así. Por otro lado, Toobin tenía un grado muy superior al mío. ¿Por qué la perseguía?

—Él no me perseguía...

—Sea sincera, Bea. No quisiera parecer un entrometido, aunque sí deseo que sepa que trato de ayudarla.

Bea rió amargamente.

—No puede ayudarme de ninguna manera — exclamó.

—¿De veras? Uno de los objetivos de mi misión actual es

encontrar a Toobin.

—No sé dónde está. Le digo la verdad — aseguró Bea.

Hary la miró de frente.

Parecía sincera, se dijo, pero, ¿por qué se había conturbado tanto al nombrar a Toobin? Incluso más que cuando le vio al llegar.

—Quizá Toobin sepa dónde está usted — apuntó.

—¿Quién le dio mi dirección? — quiso saber ella.

—La encontré en su casa de la capital galáctica.

—Ah, de modo que estuvo registrando mi casa.

—Lo confieso, pero no me arrepiento. Ello me ha permitido verla de nuevo.

Bea se pasó una mano por la frente. Luego se sentó otra vez frente a él.

—Tendré que irme de DeSoto III — dijo—. Esta casa es de un familiar...

—¿Por qué, si no se confirma el peligro?

—No huyo estrictamente del peligro de explosión, sino de...

— De un loco — afirmó Hary.

Ella asintió en silencio.

—¿Por qué la persigue? — preguntó Hary.

Bea cogió el medallón, separándolo ligeramente de su pecho.

—¿Ve este medallón, Hary?

—Sí. ¿Se lo regaló él?

—No. Pertenecía a nuestra familia. Es de un valor inmenso. Mark no enloqueció solamente por mí, Hary.

El Pesador se quedó atónito. Era, le pareció, una explicación absurda.

—Bea — dijo lentamente—, me desconcierta usted. Admito que un hombre pueda volverse loco por una mujer... en el caso de Toobin, la frase no es una metáfora. Pero, recorrer la Galaxia en busca de un medallón. No se ofenda, pero lo encuentro disparatado.

Bea sonrió tristemente.

—Nadie lo cree y, sin embargo, es así — contestó.

—¿Acaso tiene ese medallón alguna virtud mágica?

—No, salvo que quiera llamar virtud a su valor intrínseco… y extrínseco también, puesto que es una joya de familia.

Hary sacudió la cabeza.

—Usted tiene ese medallón que, a primera vista, debe de valer un millón de créditos. Sin embargo, en Roogen tenía apuros económicos. ¿Por qué no lo vendió?

—¿Vendería usted una joya de familia?

—Si no hubiese otro remedio…

—Yo, no — contestó ella con voz firme—. Prefiero pasar hambre, antes de deshacerme del medallón. Por fortuna, aún me queda algo de dinero que usted me dio en Roogen. Se lo devolveré cuando pueda, Hary.

—Por favor, usted hizo algo muy precioso para mí: salvarme la vida y cuidarme hasta que estuve restablecido. No vuelva a mencionarlo más, Bea.

Ella sonrió ligeramente.

—Gracias, Hary. ¿Más café?

—No, ya he tenido bastante. Bea, quiero pedirle un favor.

—Sí, Hary.

—Caso de que vea a Toobin, avíseme inmediatamente. Estoy en el Hotel «Grand Star». Si no me encontrase allí, póngase en comunicación con el jefe de astropuerto Rexlar.

—Se lo prometo. Pero, ¿qué hará con Toobin si lo encuentra?

—Arrestarlo y enviarlo inmediatamente a la Corporación de Pesadores. En el momento actual, es un peligro para nosotros.

—¿Por qué? Sólo es un peligro para mí — se extrañó Bea.

Hary le explicó en qué consistían los riesgos de dejar solo a Toobin. Bea aceptó de buena fe la aclaración y dijo:

—Le llamaré apenas sepa algo, Hary. ¿Piensa estar muchos días en Gereida?

Hary la miró fijamente.

—No depende solamente de mí — contestó. Y, complacido, vio que el rubor aparecía en las mejillas de la joven.

Guardaron silencio un momento. Luego, Hary, dando la entrevista

por terminada, se puso en pie.

—Bea, celebro infinito haberla vuelto a ver. ¿Por qué no me envió siquiera una postal?

—No conocía su dirección — se disculpó ella.

—Podía haberla enviado a la Corporación de Pesadores.

Bea sonrió.

—Lo siento, no se me ocurrió — dijo—. Tal vez fue que aquí me encontraba muy bien...

—¿Lleva mucho tiempo en Gereida?

—Unos seis meses, Hary. Lástima que de nuevo haya de emigrar.

—Todavía no hay nada definido, Bea, aunque, a decir verdad, los síntomas no son tranquilizadores. Pero no lo divulgue, se lo ruego.

—De acuerdo, Hary; seré discreta.

—Gracias. Hasta la vista, Bea.

—Hasta la vista, Hary.

CAPÍTULO VII

El zumbador del visófono sonó de pronto. Todavía sumido en las neblinas del sueño, Hary alargó una mano y dio el contacto.

—¿Quién es? — preguntó perezosamente.

—¡Hary! — sonó la voz de Bea con tono de ansiedad—. ¿Me oye usted? ¡Conteste, pronto!

El Pesador se despabiló en el acto. Sentóse en el lecho y dirigió la vista hacia la pantalla.

Bea le miraba con rostro angustiado.

—Hary, pronto, venga a mi casa. Tengo noticias importantes para usted — exclamó.

—¿Qué ha sucedido, Bea?

—Él... Mark ha estado... Pero ahora no puedo hablarle más extensamente. Dese prisa, le estoy aguardando.

—Bien, Bea, cálmese. Iré lo antes posible — prometió Hary.

Apenas se cortó la comunicación, Hary saltó de la cama y corrió hacia el baño. Luego, mientras se vestía, pidió una bicicleta a la recepción del hotel.

El empleado le aseguró que la tendría dispuesta dentro de cinco minutos. Hary soltó una silenciosa carcajada.

—Usar bicicleta, cuando piloto una nave que puede recorrer millones de kilómetros en un segundo.

Minutos después, estaba ante la puerta del hotel. Montó en la bicicleta y pedaleó furiosamente en dirección a la Explanada Sinner.

Esta vez, el tiempo de traslación sé redujo a menos de un cuarto de hora. Se apeó frente a la casa de Bea, soltó la bicicleta y corrió hacia la puerta de entrada.

Bea le aguardaba ya en el umbral. Estaba pálida y se advertía claramente la agitación de su ánimo.

—Mark estuvo aquí y no venía solo — dijo inmediatamente—. Le acompañaban dos sujetos, que me resultaron desconocidos.

—¿Qué era lo que pretendía Toobin? — preguntó él.

—No lo sé, en cierto modo. Yo sentí miedo y me escondí. Ellos me buscaban por todas partes, Hary. Por fortuna, no me pudieron encontrar. Pero escuché algo que puede resultar interesante.

—¿Sí? Dígalo, pronto, por favor.

—Se asomaron al jardín. Yo me había tumbado bajo un arbusto y no me encontraron. Tampoco miraron mucho, la verdad; por lo visto, suponían que yo había huido al verles venir. Hary, hablaron un poco y les oí mencionar un planeta extraño.

—¿Oyó el nombre?

—Sí. Linnetys. Yo no lo había oído nunca...

Hary frunció el ceño.

—Bea, parece ser que Linnetys es la fuente de las perturbaciones que amenazan la existencia de DeSoto III —dijo.

Ella se asombró enormemente.

—¿Es cierto lo que dice? — exclamó.

—Por ahora, no pasa de sospechas, aunque con bastante fundamento. ¿Qué más dijeron de Linnetys?

—A juzgar por lo que les escuché, parece que se dirigen hacia allí. No sé qué es lo que piensan hacer... Hary, ¿no estarán provocando artificialmente la destrucción de los planetas?

El Pesador se quedó pensativo unos momentos.

—Pudiera ser, aunque no es una empresa fácil. Habría que alterar no sólo la masa sino también la órbita del planeta, pero... ¿con qué objeto?

—Ellos nos lo dirán, Hary.

El Pesador pegó un bote.

—¿Cómo? ¿Es que piensa venir conmigo? — preguntó.

Bea asintió.

—También yo tengo derecho a conocer ciertas cosas que me afectan — respondió.

Hary dudó un momento.

—Los reglamentos...—murmuró. Pero luego, decidiéndose, dijo—: ¡Al diablo con los reglamentos! ¿Cuándo estará lista para partir, Bea?

—Ahora mismo — respondió ella, con acento resuelto—. Ya he preparado, incluso, un maletín con los objetos más imprescindibles que pueda necesitar.

Hary emitió una ligera sonrisa.

—Es usted una mujer previsora — dijo—. Sabía que yo aceptaría.

—No conozco apenas las interioridades de su profesión, pero me imagino que evitar catástrofes planetarias es una de sus obligaciones.

—Es cierto — admitió el Pesador—. Lo malo es que, cuando actuamos, apenas si podemos hacer otra cosa que salvar vidas humanas.

—Que no es poco — respondió Bea —. Volveré dentro de un minuto.

La joven se alejó y regresó al cabo de unos momentos. Se había cambiado de ropa, poniéndose un traje más adecuado para las circunstancias: una malla de una sola pieza, de color gris azulado, que subrayaba netamente las esbeltas formas de su cuerpo. En la mano derecha llevaba una bolsa de viaje.

Hary se la tomó y ambos se dirigieron hacia la puerta. Mientras salían, él le hizo una observación.

—He venido en bicicleta. No es un vehículo muy cómodo para que dos personas viajen en él.

Bea sonrió.

—Ya le dije antes que estaba preparada — contestó. Y yéndose detrás de un macizo de flores, sacó una bicicleta que tenía allí escondida.

Momentos después, pedaleaban vigorosamente en dirección al astropuerto, al que llegaron casi una hora más tarde. Hary se fue a las oficinas y firmó los documentos de salida, añadiendo, en determinada casilla: «Con un pasajero».

—¿Quién es el pasajero? — preguntó él jefe Rexlar.

—Una mujer — repuso Hary.

—¿Tiene los permisos correspondientes?

—Supongo que sí, pero, en todo caso, tiene el mío. ¿Le leo los artículos correspondientes de las Constituciones de la Corporación de Pesadores?

Rexlar hizo un gesto despectivo con la mano.

—No quiero saber nada con los cuervos del espacio, pájaros de mal agüero — rezongó—. Llévesela, si es tan loca como para viajar en compañía de un tipo como usted. Claro que hay gente con estómago para todo...

—En eso tiene usted razón — contestó Hary tranquilamente, sin dejar traslucir la furia que sentía en su interior, a causa de las palabras

insultantes que había escuchado —. Tiene usted razón; hay gente para todo... ¡hasta para aguantar puñetazos como éste!

Rexlar cayó sentado, agarrándose la nariz con ambas manos, mientras vomitaba mil imprecaciones. Sin mostrar mayor enojo, Hary dio media vuelta y salió de la oficina.

Bea le aguardaba ya al pie de la nave. Hary sacó del bolsillo superior de su traje una especie de lápiz de metal y se lo llevó a los labios. Después sopló con distintas alternativas de intensidad.

Era un silbato ultrasónico. La señal emitida, en un código predeterminado, hizo que la puerta de la nave se abriese automáticamente. A menos que se usasen potentes explosivos, nadie podía penetrar en el aparato en ausencia del dueño.

La escalera se desplegó asimismo automáticamente. Hary extendió una mano y Bea emprendió el ascenso.

Momentos después, se hallaban en la cabina de mando, de gran amplitud y encristalada en su mayor parte. Hary pulsó diversos mecanismos, observó las indicaciones de los instrumentos y, pocos minutos después, movió la palanca que ponía en marcha los mecanismos anuladores de la gravedad.

Los sillones eran anchos y cómodos. El mecanismo de despegue, de gran suavidad, hacía innecesarias las correas de seguridad. La misma nave, al despegar por aquel sistema, creaba un campo antigravitatorio en el interior, que suprimía las molestias de un despegue realizado bajo normas convencionales.

Hary aumentó gradualmente la velocidad. Minutos después, el resplandor del día cedió paso a la brillante oscuridad de la noche.

Durante largo rato, mientras la nave aceleraba progresivamente, Hary se entregó a complicados cálculos. Media hora después, se hallaban en condiciones de anunciar que ya había fijado la órbita conveniente para llegar a Linnetys.

—¿Cuánto tardaremos? — preguntó Bea.

—En teoría, debieran bastarnos algunos segundos, a la máxima velocidad — contestó él—. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que es una distancia de doce mil ochocientos millones de kilómetros y que no venimos volando de lejos, sino que hemos zarpado ahora. Por lo tanto, es preciso un período de aceleración, y otro de frenado. Entre ambos, la velocidad, relativamente, no puede ser muy elevada.

»Tendríamos que acelerar durante más tiempo y perder también más tiempo en el frenado. La ganancia resultaría idéntica a la que

podríamos obtener en una marcha más normal. Si nos desplazásemos a mundos situados a varios años luz de distancia, la velocidad máxima sí podría resultar rentable. En distancias planetarias, solemos emplear una máxima diez veces superior a la velocidad de la luz.

—Entiendo. En casi trece mil millones de kilómetros, se viene a emplear algo más de tres horas y media.

—Aproximadamente — contestó él.

Bea sonrió.

—Esto no es una bicicleta, precisamente — comentó.

La imagen de DeSoto III se alejaba rapidísimamente. En una nave convencional, no habrían podido soportar las consecuencias de una aceleración semejante.

De pronto, todas las imágenes desaparecieron de su vista.

—¿Qué pasa? — preguntó Bea, alarmada.

Hary sonrió.

—Volamos más rápidos que la luz. Por lo tanto, no vemos imágenes, exteriores, se entiende. Dentro de la nave, sin embargo, el campo espacio-temporal no ha variado y nos movemos en un ambiente enteramente normal.

Bea asintió. Trató de mirar a través de las lucernas, pero sólo se veía una mancha confusa, de color grisáceo, sin apenas alternativas.

Pasó el tiempo. Hary seguía atento a los instrumentos.

El reloj le indicó que había llegado ya el período de deceleración. Empezó a frenar.

Las estrellas aparecieron súbitamente. Bea emitió un perceptible suspiro de alivio.

—Empezaba a sentirme aprensiva sin ver nada — dijo. De pronto, lanzó una exclamación—: ¡Hary, mire, ahí está Linnetys!

El planeta quedaba frente a la nave y aumentaba gradualmente de tamaño, con lo que parecía aterradora rapidez y no era sino consecuencia de la enorme velocidad a que se desplazaba la nave. Hary se dio cuenta de que sus cálculos no habían estado muy acertados y acentuó la fuerza de deceleración.

Linnetys pareció dejar de crecer. Era enorme y ocupaba buena parte del horizonte. Flotaba en el espacio, como un colosal disco en el que predominaba el rosado sucio, con colosales bandas de color ocre, blanco, amarillo y verdoso. Los tonos no eran limpios, sino más bien

mezclados, y proporcionaban al planeta un aspecto poco atractivo.

De pronto, Hary, al examinar un instrumento, vio algo que le hizo fruncir el ceño.

—Esto no me gusta — dijo.

—¿Qué sucede? — preguntó Bea.

—El indicador de gravedades. La aguja se mueve demasiado aprisa. Debo hacer algo o nos convertiremos en papilla contra la superficie de ese planeta.

CAPÍTULO VII

La furia contenida en las entrañas de la nave hirvió para apartarla de la titánica atracción que sobre ella ejercía el planeta. Durante unos momentos, Hary luchó con los mandos, realizando esfuerzos que no había hecho hasta entonces. Su frente se cubrió de sudor y sus mandíbulas permanecieron contraídas largos minutos. De pronto, se dio cuenta de que se estaba enfrentando a una fuerza invencible.

—Bea— llamó.

—¿Hary?

—Vaya a ese armario que hay detrás de los sillones. Póngase uno de los trajes espaciales que hay dentro. Verá también unos cinturones muy anchos y pesados. Póngase uno cuando ya esté vestida. Pero no se retrase, por favor.

Ella no hizo pregunta alguna. Levantándose con presteza, corrió hacia el armario señalado y empezó a vestirse. La indumentaria que llevaba facilitó su labor.

—Puede dejar el casco para el último momento — indicó él, sin moverse de su puesto.

Bea se vistió en escasos minutos. Luego tomó uno de los cinturones. Su enorme peso la asombró. Casi no podía sostenerlo con ambas manos.

La hebilla era muy grande, pero fácil de sujetar. En la parte delantera vio una especie de cuadro de mandos, cuyo objeto le resultó incomprensible por el momento.

—Estoy lista, Hary — anunció al terminar.

—Venga aquí, por favor.

Bea obedeció. A una señal del joven, se sentó en su sitio.

—Ahora voy a vestirme yo — dijo él—. Vigile el indicador de gravedades; si la aguja se acerca con demasiada rapidez a la cifra cien, avíseme en el acto.

—Bien, Hary.

El Pesador corrió a vestirse. Sentíase preocupado.

Ordinariamente, la nave resistía cualquier atracción, por poderosa que fuera. ¿Qué sucedía ahora, que los motores no podían vencer la gravedad de Linnetys?

En unos minutos estuvo listo. Regresó a su puesto y examinó los instrumentos.

—Esto no me gusta — dijo llanamente.

—¿Por qué, Hary? — preguntó Bea.

—Estamos siendo arrastrados hacia la superficie del planeta. Confío en que el choque no sea demasiado fuerte y podamos salvarnos — contestó él—. No puedo ocultarle la verdad — agregó—; mi confianza en salir de Linnetys es mucho menor.

Bea calló. El planeta aumentaba de tamaño rápidamente.

En pocos minutos, cubrió todo el horizonte. La curvatura de los bordes empezó a desaparecer.

—Póngase el casco, Bea. Luego tráigame el mío —dijo él.

La joven obedeció. Cuando terminaron, hicieron unas pruebas con la radio.

—Ahora, cuando estemos cerca de la superficie, emplearé toda la potencia del motor para frenar. Esté atenta a su cinturón. Anula la gravedad del cuerpo de quien lo lleva, ¿comprende?

—Sí, pero ignoro su manejo — alegó ella.

—Fíjese en el mando señalado con la letra G. Tiene divisiones de diez en diez. A medida que se note que se acentúe la gravedad, vaya moviéndolo hacia las cifras altas.

—Sí, comprendo.

—Procure acompasar el giro del mando con la presión de la gravedad o morirá aplastada.

Bea se dio cuenta de que se hallaban en una crítica situación. Sus dedos se posaron sobre el dial del mando de gravedades.

—Estamos a cuarenta kilómetros de altura —anunció Hary—. Tomaremos tierra dentro de pocos minutos... si es que se puede llamar tierra a eso que tenemos debajo de nosotros.

Los detalles de la superficie del planeta eran ya visibles. Junto a colosales riscos de gas helado, de altura inimaginable, se veían mares de lava ardiente, de los cuales, a veces, brotaban chorros de fuego que alcanzaban kilómetros de altura. Bea, de repente, empezó a notar una extraña angustia.

—Nos está afectando la gravedad de Linnetys —dijo él—. ¡Cuidado!

Bea movió ligeramente el mando del cinturón antigravitatorio. La sensación de malestar desapareció en el acto.

Hary tenía fija la vista en el suelo que se les acercaba rápidamente. Por un momento, Bea creyó que se iban a estrellar.

—Voy a frenar de modo casi brusco — dijo él—. Entonces notará aún más la sensación de gravedad. Esté atenta.

Hizo una pausa y añadió:

—Podría haber reducido la velocidad mucho antes, pero habría comprometido la estabilidad de los motores con un esfuerzo demasiado prolongado. ¡Bien, allá vamos!

La nave descendió con una velocidad en apariencia vertiginosa, pero que habría podido ser mucho mayor de no actuar los motores de freno. Bea sintió durante unos momentos el ahogo de la acción de la gravedad de Linnetys, pero el campo antigravitatorio creado en torno a su cuerpo eliminó las molestias en pocos instantes.

Atravesaron un angosto desfiladero, de varios kilómetros de profundidad, cuyas paredes estaban tan próximas que parecía iban a tocarse. Hary eludió el choque con un par de promontorios de hielo y, luego, bajo el aparato surgió un terreno más despejado.

Debajo de ellos cruzó un vasto lago de materia en fusión. Las fuerzas plutónicas produjeron una erupción, lanzando un colosal chorro de lava a diez kilómetros de altura.

—¡Cuidado!—gritó Bea, asustada.

El ascenso de la lava parecía lentísimo, pero subía con inimaginable rapidez. Durante un instante, Bea creyó que iban a estrellarse contra aquella enorme columna de materia al rojo vivo, cuyo grosor superaba los dos mil metros. Una hábil maniobra del Pesador consiguió evitar la catástrofe.

El suelo se aproximó con rapidez. En el último instante, Hary dio toda la potencia a los motores de frenado.

—¡Bea, la aguja de su cinturón al número cien! — gritó.

Ella obedeció en el acto. La fabulosa gravedad de Linnetys amenazaba con aplastarlos.

La nave rompió una aguja de hielo, cuya cúspide voló en mil pedazos. Se oyó un ligero crujido y el aparato se tambaleó.

Hary buscó una zona llana. Tenía que aterrizar de panza; al no poder posarse verticalmente, le resultaba imposible sacar las patas del tren de sustentación. Confió en la solidez de la estructura de su aparato.

La nave se aproximó al suelo. Su velocidad era ahora muy

pequeña, pero suficiente para producirles la muerte instantánea si se estrellaban contra algunos obstáculos. Se oyó un suave siseo, luego un fuerte chirrido y la nave empezó a dar tumbos.

Bea salió despedida a un lado. Hary, agarrado a los mandos, resistió.

La joven gateó para volver a su sitio. De pronto cesaron los ruidos y la nave se quedó quieta.

Bea estaba aún en el suelo, apoyada sobre las manos y las rodillas.

—¿Se ha hecho daño? — preguntó Hary.

—No, pero estoy muy asustada — confesó ella.

Hary se echó a reír.

—El susto lo tendremos dentro de un momento— dijo—. Aguarde.

Bea se incorporó. Hary presionó una tecla y esperó.

—Presión atmosférica normal — dijo al cabo—. No hay orificios de escape en el casco.

Ella suspiró.

—Hemos tenido suerte — dijo—. Y un buen piloto — agregó.

—No tanto — gruñó él —. Si lo fuese, no me habría dejado atrapar por esta inexplicable atracción de Linnetys.

—¿Qué gravedad hay aquí? — preguntó ella.

—Cien, considerando el módulo terrestre como uno — contestó Hary.

Bea se estremeció.

—De modo — dijo—, que, si no fuese por este cinturón antigravitatorio, yo pesaría ahora...

—Cinco mil doscientos kilos — calculó Hary.

—No sea tan galante — corrigió ella de buen humor—. Aunque no lo parezco, estoy más gordita de lo que usted cree. Peso cincuenta y ocho kilos, así que, con cien gravedades, sin cinturón, debería pesar muy cerca de las seis toneladas. Y usted... unos ocho mil quinientos kilos.

—Sin cinturón, usted y yo estaríamos reducidos a papilla — afirmó Hary.

—Lo que no entiendo es por qué el cinturón nos libera de la gravedad del planeta y la nave no ha podido sustraerse a ella.

—Eso es lo que yo tampoco entiendo y me gustaría averiguar —respondió el Pesador—. Lo peor de todo es que no sabemos dónde pueden estar Toobin y sus dos amigos.

Ella dejó de reír.

—Me había olvidado de ellos — declaró.

—Pues hemos de seguir teniéndolos presentes… aunque lo primero es averiguar si los motores de la nave tienen alguna avería. ¿Tiene ganas de darse un paseo por el exterior?

Bea lanzó una mirada a través de las lucernas.

—Es un paisaje desolador — contestó—. No creo que merezca la pena salir.

—Como quiera. Bea, por ahora podemos quitarnos los trajes espaciales. Hice que nos los pusiéramos para evitar el peligro de una fuga de atmósfera, pero ya no corremos ese riesgo. Yo voy a empezar a examinar los motores en busca de esa posible avería.

—De acuerdo. Hary, ¿le importa que piense en algo elemental? —preguntó la joven.

—¿Por ejemplo?

—Comer.

Hary sonrió.

—Le indicaré dónde está la alacena — respondió.

—Las emociones me han abierto el apetito — dijo Bea alegremente—. O tal vez es que quiero comer para suprimirlas.

—No es mala filosofía — aprobó él, mientras empezaba a soltar los tornillos que sujetaban el casco a su traje de vacío.

* * *

Había una trampa cuadrada, abierta en uno de los lados del suelo de la cabina. Bea se inclinó ligeramente y gritó:

—¡Hary!

—¿Dígame, Bea?

—La comida está en la mesa. ¿Va a tardar mucho?

—Un par de minutos. Ahora mismo salgo.

Hary apareció poco después, con manchas de tizne en la cara y un extraño aparato en las manos. Su expresión era más bien sombría.

—¿Cómo va eso? — preguntó Bea ansiosamente.

—Mal — respondió él sin rodeos. Agitó un momento el aparato—. Este es un detector de toda clase de posibles averías que puede sufrir el sistema propulsor de la nave. Por ahora, no señala ninguna avería.

Dejó el aparato a un lado y se encaminó al cuarto de baño.

—Voy a lavarme — añadió—. Volveré en seguida.

Momentos después, estaban sentados a la mesa. La pesantez de los alimentos se notaba en las cucharas y tenedores, aunque, al ser ingeridos, entraban en el campo antigravitatorio de los cuerpos humanos y cesaba sobre ellos la acción de la gravedad del planeta. El campo antigravitatorio de la nave reducía dicha acción en un noventa por ciento.

—Pero basta ese diez por ciento para que no podamos elevarnos — dijo Hary.

—¿Está seguro de que no hay ninguna avería? — preguntó ella.

—Razonablemente seguro, sí, pero...

—¿Y si la avería fuese del detector?

Hary negó con la cabeza.

—No. Imposible — contestó.

—A pesar de todo...

—Insisto, Bea. Cualquier cosa que haya podido ocurrir, está aquí abajo. — Hary golpeó el suelo con un pie —. Será cuestión de paciencia y repetir las operaciones de detección nuevamente, una vez, dos... todas las que hagan falta.

—¿Y si encuentra la avería?

—Estoy capacitado para repararla con los elementos de que dispongo a bordo. La única forma de no despegar de aquí sería a causa de la total destrucción de los motores.

—Entiendo — dijo ella—. ¿Más café?

—Sólo una taza. He de volver al trabajo inmediatamente.

Bea llenó la taza de Hary.

—Yo tengo suficiente con una — dijo.

Mientras Hary sorbía la infusión, ella, distraídamente, jugaba con el medallón. Hary lo observó y preguntó:

—¿Es igual por las dos caras?

—No. La otra es algo diferente. Mire...

Bea hizo girar el medallón. De repente, el suelo se alzó y los dos ocupantes de la nave, pillados por sorpresa, cayeron de sus asientos.

— ¡La nave está ascendiendo! —gritó Hary, mientras luchaba por recuperar el equilibrio.

CAPÍTULO VIII

Aunque con no demasiada velocidad, el aparato ganaba altura, despegándose del suelo helado. Hary gateó hasta alcanzar los mandos y consiguió detener el ascenso de la nave.

Bea, sentada en el suelo todavía, le miró con asombro.

—¿Qué sucede, Hary? — preguntó.

—No lo sé. La nave despega y eso es lo que interesa por el momento. Venga aquí, por favor.

Bea obedeció. De pronto, sintió que se elevaba en el aire.

Un chillido se escapó de sus labios.

—¡Hary!

El Pesador levantó la cabeza y se echó a reír.

—Compense gravedades y bajará — dijo.

Bea comprendió lo ocurrido. El campo antigravitatorio de la nave funcionaba ahora a pleno rendimiento.

Movió el dial de su cinturón y descendió suavemente, hasta quedar sentada en su sillón. Hary dijo:

—No sé lo que ha pasado. A veces, ocurren cosas raras en esta clase de motores. Tal vez una simple mota de polvo, que luego ha desaparecido por sí misma. Como sea, todo vuelve a estar en orden.

—He pasado mucho miedo — confesó Bea.

—Yo también. No hubiera resultado agradable quedarnos aquí.

—¿Sin rescate?

—Mi misión principal es pesar a DeSoto III. Si puedo, echar el guante a Toobin, pero no es lo más importante. Podría haberme costado un disgusto si la Corporación hubiera tenido que enviar una nave para rescatarnos.

—Por mi culpa — dijo ella apagadamente.

—No se lo reproche. Usted sabía que yo busco a Toobin y me ayudó. El resto es cosa mía.

La nave estaba ya a unas docenas de kilómetros de altura. Tras observar los instrumentos, Hary dijo:

—Nos situaremos en una órbita de mil kilómetros y pondré en funcionamiento el piloto automático y el detector de naves. Cuando la de Toobin entre en su campo de acción, emitirá una señal sonora que

nos permitirá localizarlo con facilidad.

Bea asintió. La mesa había quedado revuelta y Bea se encargó de dejar todo en condiciones, mientras Hary hacía los cálculos pertinentes, a fin de poder realizar las observaciones con un mínimo de incomodidades.

Hary se preguntó qué era lo que había provocado la inexplicable caída de la nave hacia Linnetys. Aún más inexplicable le resultaba el despegue. No había habido avería, de ello estaba seguro, pero, ¿qué había hecho descender y ascender luego a la nave, sin la menor avería en los sistemas de propulsión?

Minutos más tarde, la nave quedaba estabilizada a mil kilómetros de altura, en una órbita que le permitía cubrir buena parte de la superficie de Linnetys. Hary conectó los detectores a continuación.

—Sería conveniente que descansara un poco — aconsejó Bea, al advertir las profundas ojeras del Pesador.

—No me vendría mal, en efecto — convino él. Se sentó en un sillón, hizo descender el respaldo y estiró las piernas con gesto de satisfacción. Le convenía un poco de relajación, los nervios sobre todo.

Se suponía que un Pesador debía de ser un hombre sin nervios. Ordinariamente, él era un hombre frío y calmoso, pero en aquella ocasión, había tenido el sistema nervioso al borde del estallido.

Bea disminuyó la iluminación, dejándola reducida a una suave penumbra. También sentía necesidad de relajarse, por lo que se sentó y echó la cabeza hacia atrás. Poco después, los dos dormían apaciblemente.

Una campana empezó a emitir sus «ding-dongs» de manera súbita, aunque no con estridencias. Hary se despabiló de inmediato.

—¡El detector ha captado una señal! —dijo.

Bea se había despertado también. Hary consultó sus instrumentos.

—Están justo debajo de nosotros — dijo. De pronto, lanzó una exclamación—: ¡Caramba, hemos estado durmiendo nada menos que seis horas!

Bea se atusó el pelo maquinalmente.

—Debo de ofrecer un aspecto horrible — dijo, sonriendo.

—No lo crea, pero si quiere mejorar su propia impresión de sí misma, puede hacerlo tranquilamente; hay tiempo de sobra.

Ella se levantó y fue al lavabo. Hary continuaba estudiando los

instrumentos.

La señal se hizo de pronto más fuerte y nítida. Entonces, Hary manejó diversos controles, poniendo en acción el telescopio conectado a la pantalla de televisión. A su vez, el telescopio era orientado directamente por las señales de radar. La mano derecha de Hary movió lentamente la ruedecilla del mecanismo de aumento visual.

Una astronave apareció de pronto en la pantalla. La imagen era nítida y bien definida, pero la distancia resultaba aún excesiva para apreciar más detalles.

Bea volvió en aquel momento, después de haberse peinado. Contempló la pantalla en silencio durante unos instantes.

—¿Está Mark allá abajo? — preguntó.

Hary demoró la respuesta unos segundos.

—Estoy buscando un lugar donde aterrizar, sin ser vistos — dijo al cabo —. Ellos no pueden estar muy lejos de su nave.

Dio el aumento máximo. Ahora, la nave llenaba la pantalla casi por completo.

Un hombre se movió por el suelo helado. Llevaba en las manos algo que parecía un cesto bastante pesado, pero estaba cubierto y no se veía nada de lo que contenía en su interior. .

—Cualquiera diría que se dedican a buscar oro —murmuró Bea de pronto.

—Algo más interesante que oro, aunque no puedo imaginarme por el momento qué es lo que pueda ser —contestó Hary—. Bien, vamos allá.

La nave empezó a descender. Hary había descubierto a poca distancia de la otra nave una especie de muro de hielo, que podía ocultarles a la vista de Toobin y sus compañeros.

Poco después, se hallaba en las cercanías del planeta. Hary descendió a una docena de kilómetros del lugar donde se hallaba la otra nave y luego voló a ras del suelo, a fin de no ser detectados. Unos minutos más tarde, detenía la nave al pie del muro de hielo localizado desde el espacio.

—Vamos a salir — dijo—. Si tiene algo que decirme, agite primero la mano y, luego, acerque su casco al mío. El uso de la radio por ahora, queda prohibido.

Bea asintió. Estaba pálida, pero no mostraba en su cara signos de temor.

Después de equiparse, salieron de la nave. Algo se movió de pronto ante ellos.

Hary observó con aprensión el remolino de gas helado que se había levantado repentinamente del suelo. En las cimas de los riscos de hielo se veían largas tiras de algo que parecía gasa blanca.

Hizo una señal a la joven y ella acercó su casco.

—Tenemos que darnos prisa — dijo Harry—. Parece que se va a desencadenar una tempestad de metano helado.

Bea se estremeció. Hary tomó su mano para tranquilizarla. El espesor de los guantes del traje no permitía un contacto demasiado acentuado.

Rodearon el muro por uno de sus costados. En aquel momento, vieron con gran asombro que la nave levantaba el vuelo.

—Pero... — dijo Bea, aturdida.

Una ráfaga de polvo de hielo les ocultó momentáneamente la visión. Cuando la niebla se disipó, la nave había desaparecido.

Hary hizo señas a la joven de que ya podían conectar la radio. Bea estaba consternada.

—Así, pues, hemos perdido el tiempo — dijo.

Hary dudó un momento. De pronto, vio algo que llamó su atención.

—Venga, Bea — dijo, a la vez que echaba a correr.

El objeto era un cesto como el que había visto desde el espacio. Estaba al pie de un gran montón de hielo, producido artificialmente. Debajo se veía la boca de un pozo oscuro.

El cesto era de fibra de metal. En torno a la boca del pozo, Hary divisó algunos pedruscos de color gris plomo.

Cogió uno de ellos. Era pesadísimo; apenas si podía levantarlo con ambas manos.

—¿Qué es esto? — exclamó, atónito.

El pedrusco no tenía siquiera un decímetro cúbico de volumen y, sin embargo, le costaba un esfuerzo tremendo alzarlo del suelo.

—La gravedad de Linntys — le recordó Bea—. Si ese pedrusco, en lugares de gravedad normal, pesa tres o cuatro kilos, aquí debe de pesar cien veces más... es decir, tres o cuatrocientos kilos.

—No, porque entonces no podría siquiera levantarlo. Además, al

tocar una cosa, la hago entrar en mi campo antigravitatorio y su peso queda normal.

—¿Y si fuese una especie de atracción particular, independiente de la gravedad de Linnetys? — sugirió ella.

Hary estudió críticamente el trozo de piedra.

—Pudiera ser metal... y estar imantado — dijo con aire pensativo —. De todas formas; una cosa está fuera de duda: Toobin y sus amigos vinieron aquí y se llevaron un importante cargamento de mineral. Con qué objeto, no se puede decir por ahora, pero no tardare mucho en saberlo, cuando los geólogos de la Corporación hayan analizado las muestras que voy a llevarles.

Haciendo un gran esfuerzo, consiguió colocar el pedrusco entre el traje de vacío y el cinturón. El peso pareció reducirse considerablemente.

—Yo llevaré otra muestra — dijo Bea.

Una violenta ráfaga de polvo helado les envolvió de repente. La visibilidad se redujo a cero.

—Cuidado, Bea, no se separe de mí. Déme la mano — pidió Hary.

La tempestad se había desencadenado con furia inconcebible. Lo más terrible de todo era que no se producía el menor sonido.

Agachados, luchando contra los tremendos embates de la tormenta, caminaron penosamente de vuelta a la nave. La vista del aparato les pareció el mejor espectáculo que jamás habían contemplado.

Entraron en la nave y cerraron las escotillas. Bea sacó el pedrusco de su cinturón, pero, en el mismo instante, sintió que una fuerza irresistible tiraba de ella hacia abajo.

—¡Hary, ayúdeme! —gritó angustiosamente.

El Pesador se volvió. Bea estaba inclinada hacia adelante, sosteniendo la piedra con ambas manos. Pese a que no era mayor que un puño, parecía como si la joven sostuviera un enorme pedrusco, cuyo peso amenazaba con derribarla al suelo.

— Arrodíllese — ordenó él —. Así podrá resistirlo mejor.

Ella obedeció. Los dorsos de sus manos, enlazados por los dedos, para sostener mejor la piedra, tocaban el suelo y Bea sentía que el peso de aquel extraño mineral amenazaba con destrozarle los huesos de las manos.

—Dése prisa, Hary, por favor — rogó.

El Pesador se inclinó sobre ella y le desciñó el cinturón antigravitatorio. Luego lo manejó hábilmente, hasta envolver con él totalmente a la piedra.

A pesar de todo, se seguía notando el peso. Hary hubo de recurrir a dar la máxima intensidad al anulador de gravedades y sólo entonces fue cuando pudo levantar el trozo de mineral sin la menor dificultad.

Bea se quitó el casco. Estaba sofocada.

—¿Qué es eso? — preguntó —. ¿Qué pasa, Hary?

—No lo sé — contestó él—. Me siento completamente desconcertado. Repito que jamás había visto una cosa igual.

Tuvo que realizar la misma operación con la piedra que había cogido. Luego se quitó el traje espacial.

—Tenemos que volver a DeSoto III — dijo.

—¿Estará Mark allí? — preguntó Bea.

—Lo ignoro. En todo caso, yo haré un informe de lo ocurrido, enviaré las muestras de mineral y luego me dedicaré a continuar mis observaciones.

—Entiendo — murmuró la joven.

Hary dispuso todo para el regreso. Cuando ya estuvieron en la órbita precisa, dijo:

—Bea, usted se quedará en DeSoto III, naturalmente.

—Sí, claro. ¿A qué otro lugar podría ir?

Hary tuvo una respuesta en la punta de la lengua, pero se contuvo.

Era un Pesador. A las mujeres no les agradaban los hombres de su oficio. No quería formular una pregunta que llevase consigo una respuesta que le hiriese.

Era preferible callar. Se sintió cobarde, pero también incapaz de vencer aquella cobardía.

Horas después, ponían el pie en DeSoto III. El suelo tembló fragorosamente apenas habían terminado de descender la escalera.

Rexlar se acercó a la pareja.

La cara del jefe del astropuerto aparecía cubierta de sombras.

—Esto está peor que nunca — dijo lúgubremente.

Hary asintió.

—Mañana realizaré las últimas observaciones — contentó—. Entretanto, dígame, ¿ha visto usted aterrizar una nave tripulada por tres individuos? Uno de ellos se llama Mark Toobin...

Rexlar negó vigorosamente.

—No, aquí no ha aterrizado ninguna nave con las características que usted me señala — respondió.

CAPÍTULO IX

Hary estudió sus instrumentos con la máxima atención.

Se sintió pesimista. Ya no cabía la menor duda. DeSoto III estaba condenado a la destrucción.

Y sería rápida, más rápida que en ninguna parte. Antes de un par de meses, el planeta habría saltado en pedazos.

Por fortuna — una frase amargamente irónica en aquel caso—, la intensidad de los terremotos estaba advirtiendo a los ciudadanos del planeta del inminente peligro que corrían. Hary esperaba no tener problemas con el gobierno de DeSoto III.

Después de casi una semana de observaciones prácticamente ininterrumpidas, hechos ya los informes correspondientes, descendió de nuevo.

Antes de ir a informar al gobierno del planeta, quiso ver a Bea. Unas horas de retraso, se dijo, no causarían perjuicio a nadie.

Los edificios del astropuerto que aún permanecían en pie, estaban llenos de grietas. Había muy poca gente, apenas el personal de servicio. Hary sabía que dentro de poco, aquel lugar se convertiría en una colmena humana repleto de gentes ávidas de escapar.

Como la vez anterior, y dado que se trataba de una visita privada, se cambió de ropa. Alquiló una bicicleta y pedaleó hacia la casa de Bea.

Cuando llegó, dejó la bicicleta apoyada contra el tronco de un árbol y cruzó el jardín. Llamó a la puerta y esperó.

Repitió las llamadas varias veces. Al otro lado de la puerta reinaba un silencio absoluto.

De pronto, sonó una voz femenina no lejos de él.

—¿Busca usted a la señora Kilgry?

Hary se volvió. Había una mujer de edad junto al seto que separaba el jardín de la casa de Bea de la contigua.

—¿Señora? — repitió, extrañado—. No sabía que... Bien, sí, busco a la señora Kilgry. ¿Sabe usted adonde está?

La mujer sonrió maliciosamente.

—Joven, no quisiera inmiscuirme en sus asuntos, pero me parece que se fue con su esposo.

Hary se quedó de piedra. ¡Bea, casada!

Todas sus ilusiones, no demasiadas, por supuesto, se habían derrumbado en un instante.

Ella no le había dicho nunca que estaba casada. Sintió ira contra la joven. ¿Por qué le había engañado de semejante manera?

Hizo un esfuerzo y se dominó.

La vecina seguía sonriendo.

—Siento no poder decirle adonde se marcharon — manifestó—. Lo que sí me parece es que tenían bastante prisa.

—¿Vino solo su esposo? — preguntó Hary.

—¡Pues claro! ¿Qué se creía, que iba a traer un batallón de amigos? Vino solo, entró en la casa, estuvo un cuarto de hora con ella y luego los dos salieron y se fueron. Eso es todo lo que puedo decirle, señor…

Hary ignoró la invitación a declarar su nombre.

—Es usted muy amable, señora — agradeció. Era inútil devanarse los sesos pensando, adonde podría haber ido la joven.

Dio media vuelta, tomó la bicicleta y regresó al astropuerto.

* * *

Al día siguiente, se entrevistó con un sujeto llamado Cass Flienan.

Era el jefe de gobierno de DeSoto III. Flienan escuchó sombríamente las declaraciones del Pesador.

—Así, pues, no hay remedio — dijo, cuando Hary hubo terminado la exposición de los hechos.

—Siento comunicarle tan malas noticias, pero, en efecto, no hay remedio.

Flienan asintió.

—Confío en sus informes, Pesador — dijo—. Empezaremos a disponer la evacuación lo más rápidamente posible. ¿Qué plazo nos da usted?

—Dos meses, a lo sumo. El proceso de destrucción avanza de una forma sumamente veloz.

—Dos meses… y seis millones y medio. En fin, haremos lo que podamos, Pesador.

—Le agradezco la confianza que pone en mí — dijo Hary —. En

otros lugares, mis declaraciones serían objeto de duda, por no decir algo peor.

Flienan meneó la cabeza.

—Desdichadamente, hace tiempo que sospechábamos algo parecido. El suelo tiembla con demasiada frecuencia para no darnos cuenta de lo qué va a ocurrir.

—Solicitaré de la Corporación de Pesadores que pida al Gran Consejo una orden de evacuación en regla…

—No será necesario — le interrumpió Flienan—. Lo único que necesitamos son naves para la evacuación.

—El Gran Consejo cooperará con todas sus fuerzas — prometió Hary.

Flienan hizo un signo de asentimiento, como dando a entender que agradecía las palabras del Pesador. Luego se acercó a una mesa y tomó un objeto.

Regresó junto a Hary y sonrió.

—Es ridículo pensar en condecoraciones, pero comprendo que usted ha hecho una meritoria labor. Nos acordamos de lo que sucedió en Roogen y no quiero que a nosotros nos ocurra lo mismo. Hary Seaver, en virtud de los poderes que me han sido conferidos, le impongo la Cruz de la Orden de las Veinte Estrellas.

Hary inclinó la cabeza.

—Gracias, señor — dijó.

Flienan le estrechó la mano.

—Muchos les desprecian a ustedes — manifestó—. Yo me siento muy honrado en contarme entre sus amigos.

El Pesador se sentía conmovido. La gente, se dijo, empezaba a cambiar de opinión respecto a su oficio.

—Recordaré siempre su gesto, señor. Le deseo mucha suerte para el futuro.

— Nos hará falta — suspiró Flienan.

Hary ya no tenía nada que hacer en el planeta y se dirigió al astropuerto. El lugar no presentaba mejor aspecto que el de Gereida. Las instalaciones se caían a pedazos y ya se veían numerosas columnas de seres humanos que buscaban un lugar en las naves que iban a zarpar.

Hary alcanzó su nave con más dificultades de las previstas. Pidió permiso a la torre de mando para despegar y le fue concedido.

Su nave estaba aún apoyada sobre tres patas. De pronto, se sintió un espantoso temblor de tierra.

La nave osciló alarmantemente. Con los ojos fuera de las órbitas, Hary vio que se abría una inmensa grieta en el suelo del astropuerto.

La grieta avanzaba hacia él velozmente. Hary presionó el mando de ascensión y la nave dio un salto hacia arriba. Una fracción de segundo después, el suelo fallaba bajo la nave. Enormes trozos de rocas se desprendieron y salieron volando en todas direcciones.

Las construcciones que aún quedaban en pie cayeron de golpe, como simples castillos de naipes. Hary aceleró la velocidad de ascensión al máximo. Era incomprensible, pero no por ello menos real.

El proceso de explosión se había precipitado increíblemente. DeSoto III se estaba desintegrando.

Desde unos cinco mil metros de altura, en una relativa seguridad, vio que los edificios de la capital se hundían, en medio de espesísimas nubes de polvo. A simple vista, era fácil advertir los terribles movimientos sísmicos que sacudían el planeta de parte a parte.

Hary continuó alejándose. Una colosal grieta se abrió de pronto. Con ojos dilatados por el asombro, vio que el planeta se partía en dos en menos de un minuto.

Los dos trozos se hicieron cuatro, luego diez, luego cuarenta, después...

Una hora más tarde, DeSoto III se había convertido en una colosal nube de pedruscos, que se dispersaban por el espacio con aparente lentitud. Pero aquella dispersión no era tan lenta como parecía; Hary tuvo que recurrir a toda su habilidad para evitar los impactos de algunos fragmentos que volaban disparados por el firmamento a velocidades exorbitantes.

Tres horas después, DeSoto III había desaparecido por completo.

* * *

Ben Lanossa escuchó en silencio el informe verbal de Hary.

—Es incomprensible — dijo al fin, cuando Hary hubo terminado de hablar—. Jamás, hasta ahora, había ocurrido nada semejante.

—Nunca había visto una cosa parecida — manifestó Hary—. El planeta se partió en dos en menos de un minuto. Antes de que transcurriera una hora, había saltado hecho pedazos. Ben, ¿qué está

pasando en la Galaxia?

Lanossa se frotó la mandíbula.

—No lo sé, Hary, no lo sé — dijo desanimadamente—. Nunca nos habíamos enfrentado con un problema de esta clase antes de ahora. Pero lo peor de todo es que tengo la impresión de que no va a ser el último.

—¿Crees que se producirán más explosiones de otros planetas? — preguntó Hary.

—Es una impresión, no una afirmación — contestó Lanossa—. Por ahora sin embargo, no tengo noticias de más planetas en estado de desequilibrio. Todos los Pesadores están repartidos por el ámbito de la Galaxia, buscando planetas en posible peligro. Sin embargo, no he recibido hasta ahora ningún informe pesimista.

—Salvo el mío.

—Tú no tienes la culpa de lo ocurrido — dijo el Vicedirector —. Las cosas se habrían desarrollado igual, aunque no hubieses estado allí.

—Pero los instrumentos indicaban que la explosión tardaría dos meses — alegó Hary con vehemencia—. Si me descuido, me pilla allí mismo.

—Los instrumentos están sujetos a error, como obra de humanos — confirmó Lanossa sentenciosamente—. Tú obraste de acuerdo con sus indicaciones y no podías actuar de otra manera. Si no fuera por los instrumentos, ¿cómo sabrías que un planeta corre riesgo de destrucción? Tendrías que vivir en él y ese no es el mejor método para descubrir las perturbaciones susceptibles de destrucción posterior.

Hary asintió.

—Tienes razón — contestó—. ¿Hay algún trabajo para mí? — inquirió, acto seguido.

—Por ahora no. Puedes descansar. Tómate una temporada de vacaciones. Ve a la región de los lagos; ahí se relajarán tus nervios.

—Sí, me hace falta — admitió él —. Ben, siento no haber podido echar el guante a Toobin.

—No te preocupes: ya caerá.

Hary se disponía a salir, cuando, de pronto, recordó una cosa.

—Ben, ¿hiciste analizar aquellas muestras de mineral que te envié?

—Están en manos de nuestros geólogos — contestó el Vicedirector —. Todavía no conozco el resultado de los análisis.

—Me gustaría conocerlo cuando lo tengas.

—Muy bien. Ya te avisaré cuando me lo envíen. ¡Hasta la vista, Hary!

—Adiós, Ben.

Hary salió del despacho profundamente preocupado. De repente, sintió deseos de dimitir el cargo.

Pero un sentimiento de orgullo le hizo desechar la idea en el acto..

Algo ocurría en la Galaxia, se dijo. Había un foco de perturbación que alteraba el delicado equilibrio planetario.

Tenía que encontrar aquel foco de perturbación. No sabía en qué consistía, ni en qué lugar se encontraba, pero lo encontraría.

CAPÍTULO X

Lanossa había tenido razón. El sol, el aire fresco, el aroma de las flores silvestres y la tranquilidad, obraron maravillas en el ánimo de Hary Seaver.

Tendido sobre la fresca hierba, al sol, dejaba pasar las horas sin hacer nada, ni pensar siquiera en aquellos acuciantes problemas que tanto le habían preocupado. Estaba haciendo una cura de relajación total.

Disponía en la nave de lámparas de sol artificial, que usaba cuando pasaba largas temporadas en el espacio. Sin embargo, era mucho mejor tomarlo naturalmente, sintiendo sobre la piel la caricia de la brisa fresca. Un arroyo murmuraba no lejos de él, saltando de roca en roca, hasta perderse en lago cercano. Hary se sentía inundado de una calma infinita.

Bajo su espalda sintió de pronto un ligero estremecimiento. ¿ Era él o había sido el suelo?

Oyó pasos sobre la hierba. Un hombre se detuvo a dos pasos de distancia.

—¿ Señor?

Hary abrió un ojo. Era uno de los empleados del hotel.

—Tenga la bondad, señor — dijo el hombre—. Un amigo suyo, llamado Lanossa, está aguardando en el visófono.

Hary se puso en pie de un salto. Algo sucedía cuando Ben le llamaba antes de tiempo.

—Gracias, amigo.

Echó a correr hacia el hotel. Alcanzó una cabina y se situó frente a la pantalla.

Lanossa le contemplaba con expresión de inusitada gravedad.

—Ven inmediatamente, Hary — fue todo lo que dijo.

La respuesta del Pesador no resultó menos lacónica:

—Sí, ahora mismo.

No hubo más. Hary cortó la comunicación y salió de la cabina, dirigiéndose en el acto hacia la recepción.

—Necesito un aeromóvil, pronto — pidió—. Debo regresar urgentemente a la capital.

El empleado asintió.

—Lo tendrá listo dentro de diez minutos, señor Seaver —prometió.

Hary subió a su habitación y alistó el equipaje. Un cuarto de hora más tarde, tras haber abonado la cuenta del hotel, partía hacia la capital.

El vehículo le dejó directamente ante la puerta del edificio de la Corporación de Pesadores. Hary dio al conductor una generosa propina, encargándole que llevase el equipaje a su casa, y luego ascendió las escaleras de dos en dos.

Minutos más tarde, se hallaba en el despacho del Vicedirector. Lanossa fue a su encuentro y le estrechó la mano con fuerza.

—Tienes un aspecto magnífico — sonrió. Pero su sonrisa era forzada.

—Han sido dos semanas estupendas — dijo Hary, sonriendo también—. Pero me parece que la tranquilidad se ha acabado.

—En efecto — convino Lanossa —. ¿No has notado un temblor de tierra hace poco?

Hary frunció el ceño.

—No estoy seguro, pero algo me pareció advertir, desde luego —contestó. De pronto, sintió que los pelos se le ponían de punta—. ¡Ben, no irás a decirme que este planeta...!

—Tranquilízate, Hary — dijo Lanossa—. Por fortuna, hemos llegado a tiempo para conjurar el peligro. No obstante, hay otros planetas que sí están en riesgo de destrucción, Leuwher V, entre otros... y el más afectado.

Hary se sintió lleno de asombro.

—¡Leuwher V! —exclamó—. ¡Es uno de los mundos más adelantados de la Galaxia, por no decir el que más! ¡Su desaparición sería un terrible golpe para todos!

—Así es — admitió el Vicedirector—. Pero puede que consigamos evitar su destrucción, Hary. Casi podríamos decir que conocemos las causas. Cuando se conoce la causa que produce un efecto, resulta fácil provocar éste... o anularlo, según convenga.

—Sí, es cierto. Ben, resultaría maravilloso poder evitar la destrucción de un planeta al que los instrumentos señalan como condenado a desaparecer.

—Desde luego, Hary. Sin embargo, y esto es inevitable, porque se trata de una ley cósmica, habrá siempre planetas que estallen y se

conviertan en nubes de meteoritos. Pero lo que sí podremos evitar es que los humanos, puedan provocar tales catástrofes.

Hary calló unos momentos.

—Así, pues, sospechas que las destrucciones de Roogen y DeSoto III han sido intencionadas.

—No me cabe la menor duda. — Lanossa sonrió —. ¿Sabes que tú mismo has estado a punto de destruir este planeta-capital?

— ¡Demonios! —respingó Hary.

—Así es, Hary. ¿Recuerdas las muestras de mineral que trajiste de Linnetys?

—Sí, claro.

—Bien, te voy a enseñar una cosa muy interesante.

Lanossa abandonó su mesa de despacho y se situó en el centro de la habitación. Hary se fijó entonces en que había un trozo de papel en el suelo.

El Vicedirector se inclinó y levantó el papel. Hary vio un agujero en el pavimento, de bordes irregulares y de unos seis o siete centímetros de diámetro.

—Parece como si una piedra se hubiera caído de lo alto y hubiese atravesado el suelo, ¿verdad?

—En efecto — convino el Pesador.

—Bien, ha ocurrido algo parecido, sólo que esa piedra ha atravesado algo más que el suelo de este despacho. ¡Ha atravesado el planeta entero, de lado a lado!

Hary se quedó mudo de asombro.

—¡Increíble! —dijo al cabo de unos instantes.

—Nada más rigurosamente cierto — declaró Lanossa—. Ven, te haré una demostración.

Lanossa se dirigió hacia otra mesa, situada en el extremo opuesto de la estancia, Hary vio que había un objeto de gran tamaño, cubierto por una tela de color gris.

El Vicedirector apartó la tela. Hary divisó una especie de caja de cristal, muy gruesa y de forma cuadrada, en cuyo centro se veía una minúscula piedrecita de color gris oscuro, apenas mayor que un garbanzo.

Los cristales de la caja tenían una red metálica incrustada en la

estructura, al lado de la misma se veía una especie de cuadro de mandos.

—Es un sistema antigravitario especial — dijo Lanossa—, ideado específicamente para ese mineral que trajiste de Linnetys. Aguarda y verás.

Lanossa movió unas palanquitas en la caja de control. Dio media vuelta a un interruptor e, inmediatamente, oyeron dos chasquidos.

Hary sintió que se le desorbitaban los ojos. ¡El trozo de mineral había desaparecido en fracciones de segundo!

Uno de los chasquidos se había producido en la caja de cristal, en cuya parte superior se había abierto un orificio de centímetro y medio de diámetro, oblicuamente con respecto a la posición de la piedra. El segundo chasquido procedía del muro, a unos dos metros de altura.

Todavía flotaba una ligera nubecilla de polvo en la pared, en torno al segundo orificio. Hary estaba aturdido.

—Al desconectar el sistema antigravitario — dijo Lanossa—, ese trozo de mineral ha sido atraído por el planeta del que procede, y lo ha sido de una forma casi instantánea, irresistible. Aquí sólo ha perforado un cristal y una pared, pero es debido a la posición actual de nuestro planeta. Cuando el otro fragmento abrió ese agujero en el suelo, Linnetys, debido al movimiento de rotación de nuestro planeta, estaba situado directamente debajo de nosotros.

«Si no hay retención antigravitaria, no existe fuerza humana ni obstáculos de ninguna clase para un trozo de mineral procedente de Linnetys — continuó el Vicedirector—. Lo atraviesa todo, cualquiera que sea la distancia y en línea recta. Teóricamente, ahora estamos nosotros en comunicación con los antípodas por medio de este agujero abierto por el trozo de mineral. Claro que, después de su paso, se habrán producido minúsculos derrumbamientos, que habrán obturado el tubo, pero de lo que no hay la menor duda es que, menos de media hora después de haber abierto este agujero, el trozo de roca había salido al espacio por el punto opuesto a este planeta.

—Creo que voy a sentarme — dijo Hary con voz débil—. ¿Y... y es con trozos de ese mineral con lo que han sido destruidos Roogen y DeSoto III?

—Sí, ya no cabe duda alguna. Ciertamente, se han empleado cantidades mayores y, por supuesto, en muchos sitios distintos de la superficie de esos dos planetas. De esta manera, se formaban como una red de grandes agujeros, que taladraban el planeta de parte a parte y debilitaban su conjunto geológico estructural. Roogen y

DeSoto III eran ya, desde luego, planetas afectados de un ligero desequilibrio, pero, por acción de las fuerzas naturales, su disgregación no se habría producido sino dentro de algunas decenas de millares de años. La «Linnetysita», así hemos dado en llamarle, aceleró brutalmente ese desequilibrio y provocó su destrucción.

Hary asintió.

—Creo que voy comprendiendo — dijo.

—Me alegro, porque ahora vas a tener que luchar con todas tus fuerzas para evitar la destrucción de Leuwher V. No podemos consentir que un mundo tan adelantado se convierta en un montón de escombros cósmicos. La mayor parte de nuestros adelantos actuales proceden de Leuwher V; allí se ha creado una nueva civilización y se está convirtiendo en modelo para los demás planetas. Como sea, Hary, sin reparar en medios, tienes que salvar a Leuwher V.

—Lo haré — prometió el Pesador—. Pero, ¿quién es el que provoca esas destrucciones?

—¿Es que no te lo imaginas?

Hubo un silencio.

—Me cuesta trabajo creerlo — dijo Hary al cabo.

—Admítelo, porque ya no hay duda alguna. Es Toobin.

Hary se pasó una mano por la frente.

—¿Por qué hace eso? — preguntó.

—Venganza, Hary.

—¿Venganza?

—Sí. Toobin estaba a punto de alcanzar su tercera estrella. Iba a Convertirse en Pesador de Primer Nivel. Se le confió la misión de investigar un planeta potencialmente en desequilibrio y aconsejó su evacuación. Investigaciones posteriores, demostraron, su error. Las pérdidas fueron enormes, como puedes figurarte. El planeta, metafóricamente hablando, estaba más sano que una manzana.

—¿ Y se venga a causa de su error?

—En cierto modo, porque se suspendió su ascenso y se le postergó a simple Oficial Pesador, lo que tú eres ahora. La decisión no fue mía, sino del Consejo de Pesadores y, además, se cometió el error de no someterlo a observación psíquica. Yo hubiera hecho una de dos cosas: o confirmar el ascenso o pedirle que dimitiera. Nunca se debió dejar a un hombre resentido que continuara manejando nuestras naves y

nuestros aparatos o, en todo caso, como digo, sin la humillación de verse postergado.

—Sí, los paños calientes no suelen dar nunca buen resultado —admitió Hary—. Bien, ¿qué es lo que debo hacer?

El Vicedirector regresó a su mesa y tomó un papel que había encima de la misma.

—Es una carta dirigida a ti — contestó—. La he abierto porque en el sobre traía la indicación de urgente y se señalaba que si no estaba tú, la leyera alguno de tus superiores. Toma.

Hary cogió el papel. Estaba escrito a mano, rápida, nerviosamente, y la letra era inequívocamente femenina. Se señalaba una dirección en Leuwher V y luego había una línea:

Ven pronto. Te espero con impaciencia.

CAPÍTULO XI

Realmente, pensó Hary Seaver, era preciso impedir a toda costa que Leuwher V fuese destruido.

En aquel mundo se había creado una nueva civilización. Era un emporio de floreciente riqueza, donde no sólo las ciencias habían hecho progresos considerables, sino también todas las artes. Los tratados de historia hablaban de la Roma y la Grecia antiguas; Leuwher V llevaba camino de convertirse en una conjunción de aquellas dos viejas naciones en todos los sentidos, y su imperio duraría miles de años.

Si el planeta conseguía sobrevivir a la sentencia de muerte dictada por un megalómano.

Las calles de la capital eran anchas y bien trazadas. Los edificios, dentro de un rabioso futurismo, eran auténticas obras de arte. Era una ciudad de ensueño... como todas las del planeta.

Hary se hizo llevar a un hotel, donde dejó su equipaje. Tras el oportuno aseo, se vistió de nuevo y pidió un aeromóvil sin conductor.

Momentos después, se sentaba en el asiento del piloto. Marcó en el cuadro de mandos la dirección deseada y pulsó el botón de arranque. El vehículo se encargó del resto.

Esta vez tampoco le extrañó que la casa de Bea estuviese situada en las afueras. A pesar de la velocidad, el aeromóvil tardó casi una hora en cubrir el recorrido. El automatismo de su mecánica era perfecto; ni siquiera le hizo falta recurrir al mando manual para tomar tierra.

Saltó al suelo. Era una casa solitaria, como las anteriores. ¿Qué extraña obsesión poseía a Bea para hacerla vivir apartada de todos los demás seres humanos?

Avanzó hacia la puerta y llamó. Bea apareció ante sus ojos segundos más tarde.

El medallón centelleaba sobre su seno, pero menos que sus ojos verdes. Extendió una mano y tomó la que Hary alargaba hacia ella.

—No sabes qué alegría me da verte de nuevo —dijo Bea.

—Pero no sonríes — observó él.

Bea meneó la cabeza.

—No podría — contestó —. Casi he perdido el afán de vivir, el optimismo... Pero, pasa, por favor, no te quedes en el umbral.

Hary asintió.

—Estaba descansando y me dieron tu mensaje —manifestó.

—No sabía dónde podía encontrarte — explicó Bea—. Una vez, sin embargo, me dijiste que podía escribirte a la Corporación. Me acordé de ello y... ¿Quieres tomar algo? — se interrumpió de pronto.

—No. Quiero hablar contigo. Tienes que explicarme muchas cosas.

—Es cierto. Siéntate, por favor.

Hary obedeció. Ella lo hizo enfrente, rígida, con las manos sobre el regazo.

—Te extrañó mi marcha tan repentina de DeSoto III — dijo.

—Pues figurártelo, aunque luego, cuando me enteré de los motivos, lo comprendí.

—¿Qué motivos? — preguntó ella.

—Tu esposo. Fue a buscarte. ¿Dónde está? ¿Por qué no le has pedido ayuda a él?

Una imperceptible sonrisa apareció en los labios de Bea.

—¿Te molesta que esté casada? — preguntó.

—Eres joven y muy hermosa. Resultaría lógico — contestó él, con un gruñido.

Bea puso las manos sobre las rodillas. Hary se las miró instintivamente.

Estaban limpias de anillos.

—Bea — rezongó—, no juegues conmigo.

—Jugaba con aquella chismosa vecina — contestó ella, sonriendo.

Hary meneó la cabeza.

—Te mereces una buena zurra — masculló.

—¿De veras? — Por primera vez, Hary oyó su risa, alegre, musical —. ¿Eso es lo que piensas de mí?

Hary cogió una de sus manos y la hizo ponerse en pie.

—Te diré lo que pienso de ti — murmuró. Y la atrajo hacia sí con fuerza.

—Me haces daño, Hary—se quejó ella, con un hondo suspiro. Y ya no pudo seguir hablando, porque los labios de Hary se aplastaron

contra los suyos.

Al cabo de unos momentos, él preguntó:

—¿Qué opinión tienes de los Pesadores, Bea?

—De uno de ellos, maravillosa — contestó la joven con voz ensoñadora.

De nuevo se besaron. Pero en seguida se impuso la cordura.

—Bea, he venido aquí para trabajar—dijo él—. ¿Por qué me has llamado?

—Mark está en el planeta — contestó la joven.

—Me lo supongo. Fue pretendiente tuyo, ¿no?

—Es cierto, no debo ocultártelo. Pero no le acepté. Creo que ello le desequilibró, Hary. También, en parte, el medallón, no sé por qué.

—Y su fracaso en una de las misiones que le confiaron. ¿Le has visto?

—Una vez. Tuve que esconderme de él.

—Entonces, ¿no sabes dónde está ahora?

—No. Lo siento, Hary.

El Pesador se mordió los labios.

—Bea, debes saber algo — dijo—. Toobin es el autor de las destrucciones de los dos planetas y, si nos descuidamos, destruirá también a Leuwher V.

Ella palideció.

—Me suponía algo, pero no creí que fuese tan... tan...

—¿Recuerdas aquellos trozos de mineral que llevamos desde Linnetys? — preguntó él.

—Sí, desde luego.

Hary le explicó las características de la «linnetysita». Bea se quedó atónita.

—¡Es horrible! —exclamó.

—Ignoro cómo lo ha descubierto Toobin, pero lo cierto es que emplea la «linnetysita» para ejecutar su plan de venganza. Los geólogos de la Corporación, en su informe analítico, agregan que ese mineral, al atravesar de parte a parte un planeta, emite además una especie de ondas en todos los sentidos que aceleran la disgregación de la estructura afectada. Si aquí dejásemos caer un fragmento de

«linnetysita», dentro de media hora saldría por el extremo opuesto del planeta, según la posición de Linnetys, claro está.

Bea asintió.

—Se han producido ya varios temblores de tierra, aunque, por fortuna, de una intensidad mínima — declaró la joven—. Hary, cuando te escribí la nota de llamada, acababa de ver a Toobin.

—¿Dónde? ¿Conoces el lugar?

—Sí, desde luego, aunque me temo que ya no esté allí.

—No importa. Investigaremos. Dime, ¿quién era el hombre que fue a buscarte a tu casa?

Bea sonrió.

—Simplemente, el piloto de la nave que me trajo aquí — contestó.

—Vaya — rezongó Hary—. Pero, ¿por qué tuviste que venir aquí precisamente?

—Debes conocer la verdad, Hary — respondió ella —. Toobin se había enloquecido de tal modo, que me perseguía de una manera inaudita. Fui a Roogen y me siguió allí. Luego me marché a DeSoto III y también tuve que escapar. Todos mis intentos por esconderme resultaron inútiles. Él me encontraba siempre.

Hary frunció el ceño.

—Entonces, por eso me dijiste que eras una apestada — murmuró.

—Sí. Vivía retirada de las gentes. Era una existencia insufrible... parece mentira que en esta época sucedan cosas semejantes, pero es así y no podemos rechazar la evidencia.

—Estoy de acuerdo. Lo que no comprendo es cómo pudo localizarte, si tú te escondías tan bien.

—Yo tampoco. Pero aún hay más, Hary. Tengo la seguridad de que en estos momentos, Mark sabe que vivo en esta casa.

Hary respingó.

— ¿Y cómo no ha venido a...?

—Lo ignoro. Me lo encontré una vez en pleno centro, me lanzó una mirada de demente y, contrariamente a lo que yo me suponía, no me dijo nada. Había bastantes personas en la calle y, por fortuna, lo perdí de vista en seguida.

—¿Dónde lo viste?

—En unos almacenes. Necesitaba ropa y... Yo entraba y él salía.

La gente nos separó en seguida. Ya no he vuelto a verle más.

Hary torció el gesto.

—No es demasiado — dijo —. Tendremos que llevar la investigación por otro camino.

—¿Cuál, Hary?

—¿ Quieres venir conmigo?

Ella le miró fijamente.

—Hary, deseo terminar de una vez con esta insostenible situación. Sospecho que Toobin me seguirá siempre, donde quiera que yo vaya. Le tengo mucha lástima... pero no iba a casarme con él, si no le quería.

—Los geólogos de la Corporación han adelantado muchísimo con las muestras de «linnesyta» que yo les llevé — declaró el Pesador—. Tanto es así, que estoy en condiciones de asegurar que podemos contrarrestar sus acciones.

—¿De qué manera, Hary? — preguntó ella.

—¿ Cuándo estarás dispuesta para acompañarme?

—Ahora mismo, si lo deseas. ¿Permaneceremos mucho tiempo en el espacio?

—No puedo predecirlo. Horas, días, tal vez semanas... Creo, sin embargo, que no será un plazo demasiado largo.

—Muy bien. Estaré lista dentro de cinco minutos. Si quieres beber algo, sírvete tú mismo.

Bea se alejó, después de dirigirle una cálida sonrisa. Hary se sentó en un sillón. No tenía ganas de beber.

Deseaba, solamente, terminar con aquel malhadado asunto y casarse con Bea. Se preguntó qué haría después; el oficio de Pesador era para los solteros. A un hombre casado no le convenía permanecer meses enteros en el espacio.

Por fortuna, para ser Pesador se necesitaban estudios de gran altura. Ello le permitiría, más adelante, encontrar una buena colocación. Con tres ingenieros juntos no se hacían un Pesador, solía decirse, y él lo era. El porvenir no presentaba dificultades en ese aspecto.

En otros aspectos, sin embargo, se presentaba muy negro.

Simplemente, era cuestión de eliminar a Toobin.

Bea salió poco después un maletín en la mano.

—Es la segunda vez que voy a viajar en tu nave — dijo, sonriendo dichosa.

—Me gustaría que fuese la última, dicho sea en el mejor de los sentidos — contestó él.

—Yo también lo querría, Hary — suspiró la joven—. Y así lo deseo con toda mi alma.

CAPÍTULO XII

La nave flotaba inmóvil, suspendida en el espacio, fuera de los límites de la atmósfera del planeta. La inmovilidad era solamente en apariencia, porque, en realidad, describía continuas órbitas en torno a aquel mundo amenazado de destrucción.

A unos cuatrocientos kilómetros de altura, Hary vigilaba atentamente los instrumentos. El suelo de Leuwher V desfilaba bajo ellos con relativa rapidez. El telescopio les traía a veces imágenes de grandes ciudades, en franco progreso. Sería terrible verlas destruidas y desaparecer, con ellas, a los millones de seres que las poblaban.

Llevaban ya varios días describiendo órbitas circulares. Hasta el momento, los detectores habían permanecido silenciosos.

De pronto, centelleó una luz roja en un cuadro de mandos suplementario. Hary, que estaba contemplando el paisaje en otro punto de la cabina, se precipitó hacia el aparato.

—¿Señales? — preguntó Bea ansiosamente.

—Parece que sí — contestó él. Movió unas cuantas palancas y el centelleo se hizo más regular. Luego hizo girar un dial y una pantalla similar a las de radar entró en funcionamiento.

Hary contempló la pantalla durante unos instantes. Había una retícula sobre el vidrio deslustrado y, en los laterales de la misma dos escalas graduadas, vertical y horizontal.

Los destellos se estabilizaron en un punto. Hary fijó su posición.

—Bien — dijo—, creo que ya hemos localizado el primer trozo de «linnetysita».

—¿Qué vas a hacer ahora, pues? — quiso saber la joven.

—No tardarás mucho en saberlo — sonrió el Pesador—. Anda, siéntate; vamos a descender muy rápidamente.

Bea obedeció. Hary se sentó ante los mandos del aparato y lo arrancó a la órbita en que se encontraba, lanzándose hacia abajo con velocidad de vértigo.

Las señales se alejaron un poco, dado que el descenso hubo de ser realizado en sentido oblicuo. Pero ya una vez dentro de la atmósfera del planeta, Hary maniobró eficazmente y condujo el aparato en la dirección que señalaban los instrumentos.

Los chispazos en la pantalla eran cada vez más frecuentes. La nave estaba ya a unos pocos cientos de metros sobre el suelo.

De pronto, el ritmo de los chispazos sufrió una ligera alteración.

—¿Qué sucede, Hary? — preguntó Bea.

—Leuwher V sigue girando, como es lógico. Hasta ahora, Linnetys quedaba sobre el horizonte, es decir, que se le podría haber visto, si la distancia no fuese tan grande. Pero debido al movimiento de rotación de Leuwher V, Linnetys se «ha puesto», ni más ni menos lo que ocurre con el sol todos los días.

—¿Y eso afecta a las señales?

—Bien, en cierto modo sí, porque la posición del fragmento de mineral ha cambiado con respecto a su planeta madre. Ahora tiene delante de sí un obstáculo que le impide el regreso.

—Pero, Hary, yo creía que para la «linnetysita» no había obstáculos...

—Y no los hay, lo que sucede es que todavía tenemos que aprender muchas cosas de ese mineral. Algo ha ocurrido... y lo sabremos cuando hayamos aterrizado.

El punto donde iba a posarse era una zona desierta, aunque no árida. Abundaba la vegetación, arbolado principalmente, y a lo lejos se divisaba una larga cadena de montañas, de notable elevación. Había varias corrientes de agua y el lugar, en general, resultaba muy atrayente.

Hary detuvo la nave a pocos metros sobre el suelo, manteniéndola casi inmóvil, mientras ajustaba los instrumentos al máximo de exactitud. Los centelleos del detector se estabilizaron al cabo de unos segundos.

—Bien, ahora ya sé dónde está — dijo.

Movió la nave a unos treinta metros a su derecha y luego la hizo descender suavemente. Las patas de sustentación salieron de la panza y cuando el aparato se hubo posado en el suelo, Hary abrió la escotilla. La escala se desplegó automáticamente al mismo tiempo.

Hary tomó un detector manual y se dirigió hacia la salida. Bea le siguió en el acto.

El detector les guió hasta unos arbustos situados a pocos pasos de distancia. El ramaje era muy espeso y no se veía lo que había bajo las hojas. Hary apartó las ramas y dejó al descubierto una enorme piedra de color gris oscuro, en torno a la cual había una especie de cinturón muy parecido a los individuales antigravitatorios.

—Una buena piedrecita, ¿ eh? — comentó.

—No comprendo cómo pudieron transportarla hasta aquí — dijo Bea.

Hary dejó el detector en el suelo y apartó del todo los ramajes. Se acercó a la piedra y la tocó con la mano.

—Vibra ligeramente — murmuró—. Parece como un caballo impaciente, ansioso de tomar la salida en la carrera.

El cinturón, de tamaño muy superior a los individuales, disponía de su correspondiente cuadro de mandos. Hary, vio, además, otro instrumento: un reloj.

Lo señaló con la mano.

—El reloj cortará la acción del cinturón antigravitatorio cuando Linnetys esté justo «debajo» de nosotros, es decir, en los antípodas. Entonces, esta piedra atravesará el planeta de parte a parte.

—¿Y no puedes evitarlo?—preguntó Bea.

Hary se echó a reír.

—Es muy sencillo — dijo. Y detuvo el reloj.

Consultó el indicador de gravedad. La aguja señalaba el mínimo compatible para contrarrestar la atracción de Linnetys sobre el trozo de mineral. Hary aumentó la potencia del cinturón y las vibraciones de la piedra cesaron en el acto.

—Un peligro eliminado — dijo.

—¿Piensas dejarlo aquí? — quiso saber la joven.

—Por ahora, sí. Espera un momento.

Hary sacó una especie de libreta del bolsillo superior de su traje y realizó varias consultas. Por medio de un lápiz hizo algunos cálculos y luego dijo:

—Linnetys tardará todavía dieciocho horas en «salir» por el otro lado. Entonces, permitiremos que se lleve lo que le pertenece.

Graduó el reloj de nuevo, fijando la aguja para dieciocho horas y cuarto más tarde. Rebajó un tanto la acción antigravitatoria y dio la operación por terminada cuando recubrió piedra y cinturón con los ramajes.

—Dentro de dieciocho horas y quince minutos, esta piedra saldrá disparada rumbo a Linnetys — aseguró.

Bea suspiró.

—Pero sólo es la primera y... ¿cuántas más habrá esparcido Mark

por la superficie de Leuwher V?

—No muchas más, no vayas a creer. En primer lugar, su transporte le ha debido de crear serios problemas. Muy posiblemente, lleva una nave análoga a la mía, capaz de cargar hasta veinticinco toneladas en caso necesario. Pero la «linnetysita» no es un mineral común y su manejo es todo menos fácil. Yo calculo que ha debido esparcir entre veinte o treinta fragmentos semejantes al que hemos hallado y, desde luego, en posiciones muy distintas, pero que formen como los finales de los radios de un esfera, entrecruzándose en ángulos de bastante abertura. No olvides que si el cinturón antigravitatorio deja de actuar cuando Linnetys está justamente en oposición, la piedra atraviesa exactamente por el centro del planeta afectado.

—Sí, creo que te voy comprendiendo. Es como pinchar una naranja con muchas agujas largas y finas y todas ellas entrando desde distintos puntos de la corteza.

—Justamente — sonrió Hary—. La imagen no puede ser más gráfica. Pero aquí se trata de algo más grave que unas agujas y una naranja — consultó su reloj —. Tenemos que elevarnos de nuevo, Bea.

—Muy bien, como digas.

Minutos más tarde, despegaban del suelo. Hary conectó de nuevo los detectores y ajustó los mandos automáticos para recobrar la órbita abandonada poco antes.

La órbita les permitía dar una vuelta en torno a Leuwher V cada tres horas. Tenía un trazado oblicuo lo que, unido al movimiento de rotación del planeta, hacía, con el tiempo, no quedase ni un solo punto que no desfilase bajo ellos.

Aquel día localizaron dos piedras más. Mediante los oportunos cálculos, Hary ajustó los relojes para que la «linnetysiía» saliera despedida al espacio inofensivamente.

Al llegar la noche y, después de la cena, se dedicaron a descansar. Hary indicó a Bea una de las cámaras.

—Yo me quedo en el sillón — dijo—. He de estar atento por si los instrumentos señalan un nuevo fragmento de mineral.

—Pero, no puedes pasarte los días sin descansar...

—Esto es algo que corre prisa — adujo él—. No podemos permitirnos el lujo de dormir demasiado, mientras cientos de millones de personas corren peligro de desaparecer.

Bea comprendió las razones del Pesador y se retiró a su cámara.

Hary dejó la cabina de mando sumida en una suave penumbra, echó hacia atrás el respaldo del sillón y cerró los ojos.

Pasada la media noche, oyó un suave «nang-nang». Se despabiló en el acto y contempló la pantalla.

Los centelleos se sucedían con rapidez vertiginosa. Hary se alarmó.

—Hay una piedra a punto de salir disparada hacia Linnetys — dijo a media voz.

Inmediatamente, se lanzó hacia abajo. Bea captó el súbito movimiento de la nave a través de su sueño y saltó de la litera. Después de vestirse corrió hacia la cámara de mando.

—¿Qué pasa, Hary? — preguntó.

—Hay un fragmento de «linnetysita» que muestra una actividad inusitada. Tal vez se acerca el momento de partir hacia Linnetys y ello se refleja en los instrumentos.

La nave descendió raudamente a través de las tinieblas. El altímetro permitió a Hary refrenar el descenso en el momento oportuno.

—El campo otra vez — dijo.

—¿El campo? — repitió Bea, extrañada.

—Sí, es lógico. Toobin no va a dejar sus trozos de mineral en lugares poblados, donde podría ser observado. Ten en cuenta que vuela en una nave análoga a la nuestra y debe moverse con sigilo. Por eso todos los fragmentos de «linnetysita» que hemos encontrado estaban en zonas desiertas, en el campo.

Bea asintió. La explicación de Hary resultaba completamente lógica.

Los detectores les guiaron infaliblemente hasta el objetivo. En las últimas decenas de metros, Hary encendió un par de potentes reflectores que iluminaron el terreno como si fuese de día.

Debajo de ellos había un claro, con algunos matorrales. Hary procuró que las patas del tren se posaran sin aplastar a ninguno de los mismos y, acto seguido, abrió la escotilla y se precipitó al exterior.

Bea salió tras él. Hary llevaba en la mano el detector portátil, el cual le guió infaliblemente hacia un gran arbusto, como todos, de ramaje sumamente frondoso. Los destellos sonoros del detector le indicaron que había alcanzado uno de sus objetivos.

Los reflectores de la nave iluminaban claramente el lugar. Hary apartó las ramas y vio el cinturón protector.

—¡Hum!—dijo—. La piedra está a punto de partir. Linnetys ya ejerce acción sobre ella.

—¿Cómo lo sabes? — preguntó Bea.

—Fíjate en ella. Está hundida unos cuantos centímetros en el suelo y... Si el cinturón tuviese mayor acción contraria, su base se hallaría a nivel, pero es preciso dejar el control antigravitario en el punto mínimo justo para contrarrestar la atracción lateral de Linnetys. Esta piedra debe partir sólo cuando Linnetys se halle en un punto diametralmente opuesto... y, a juzgar por el horario, faltan ya pocos minutos.

Dicho lo cual, alargó la mano para detener el reloj que cortaría el funcionamiento del mecanismo antigravitatorio. Entonces fue cuando se oyó una voz desconocida, de tonos claramente intimidatorios:

— ¡Será mejor que deje ese artefacto si no quiere que le suceda algo grave!

CAPÍTULO XIII

Hary y Bea giraron en redondo al oír aquella voz. El Pesador hizo un gesto de desagrado.

Los reflectores de la nave les daban de lleno en los ojos. Lo único que podían ver era la silueta de un hombre que empuñaba un arma, aunque ignoraban de que clase.

—Apártense de ahí — ordenó el individuo, después de algunos segundos de silencio.

Hary obedeció. Astutamente, dio unos pasos laterales, buscando una posición mejor con respecto a los focos de luz.

El desconocido se percató de su maniobra y movió la mano armada.

—Quietos, basta. No se muevan más, es suficiente — ordenó.

Hary inspiró profundamente.

—Las personas bien educadas se presentan, cuando no hay nadie que las presente — dijo calmosamente.

—Si le interesa saber mi nombre, se lo diré. Hi Devon — manifestó el sujeto—. Pero no le servirá de nada.

—¿Es usted compañero de Mark? — preguntó la joven.

Devon hizo un signo afirmativo.

—Así podría decirse — contestó.

—¿Dónde está él?

—No se preocupe, señorita — dijo Devon—. Ese es un tema secundario.

—Según para quién — habló Hary.

—¿Por qué le interesa hablar con Toobin?

Hary sonrió.

—Para usted, también es un tema secundario — contestó—. Sin embargo, le diré que se refiere a ese trozo de pedrusco que hay bajo los ramajes.

—Será mejor que lo deje. Ese trozo de piedra tiene una misión que cumplir.

—Colaborar en la destrucción de Leuwher V.

—Justamente — replicó.

—¿Y no le remuerde la conciencia ser el causante de la muerte de millones de seres inocentes? — exclamó Bea, horrorizada.

Devon se encogió de hombros cínicamente.

—Hay cosas en las que es mejor no pensar — contestó—. Toobin me ha encargado hacer una cosa y la hago.

—Por un precio — dijo Hary.

—Naturalmente. Toobin tiene dinero — rió el individuo.

—Era Pesador — arguyo Hary—. Los Pesadores cobran unos sueldos magníficos, pero me parece que no tiene tantos ahorros como para enriquecerles a ustedes dos. Porque usted tiene otro compañero, ¿no es cierto?

—Sí, pero Toobin no nos paga con dinero estrictamente, aunque tampoco nos falta.

—¿ Con qué les paga? — preguntó Bea.

Devon volvió los ojos hacia ella.

—¿De dónde ha sacado usted ese medallón? — preguntó.

—Es herencia de familia...

—La piedra central es muy valiosa, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí, aunque no me he preocupado de ello — repuso la joven.

Devon sonrió.

—Ahora conocemos un yacimiento donde se encuentran gemas semejantes a la suya en gran abundancia. Esa es nuestra paga — dijo.

—Comprendo — murmuró Hary—. ¿Dónde está Toobin?

—No se lo diré — respondió Devon—. Y, además, ¿qué falta le hace saberlo?

—Ya le dije antes que quería hablar con él.

—Lo sé. Sucede, sin embargo, que antes olvidé decir una cosa: usted no podrá hablar con Toobin por la sencilla razón de que va a morir.

Bea lanzó un gemido de espanto. Devon se echó a reír.

—No tema, preciosa — dijo—. Usted no morirá. Le aguarda él.

—Si vuelvo a verle, será para escupirle a la cara mi desprecio — declaró la joven con vehemencia.

Devon se echó a reír. Pero su risa se cortó de pronto cuando un objeto voló hacia él con tremenda potencia.

El detector, lanzado por Hary con tremenda potencia, alcanzó a Devon en pleno pecho. Su brazo describió un arco y la pistola saltó por los aires.

—¡Bea — gritó él—, detén el reloj!

La joven comprendió inmediatamente y corrió hacia el arbusto. Devon, bramando de ira, pugnaba por incorporarse y recobrar el arma.

Hary le asestó un golpe con el pie, a la altura del hombro derecho. Devon lanzó un aullido y cayó de espaldas, con el brazo completamente entumecido.

Con toda tranquilidad, Hary se agachó, recogió la pistola y la lanzó todo lo lejos que pudo. Devon parecía haber perdido toda su arrogancia inicial.

—Levántese — ordenó el Pesador.

Devon obedeció refunfuñando, mientras se daba masaje en el hombro golpeado con la mano opuesta.

—No hablaré — dijo.

Hary no perdió el tiempo en súplicas. Disparó el puño derecho y Devon rodó nuevamente por tierra.

—Vuelva a levantarse — exclamó autoritariamente.

Esta vez, Devon tardó un poco más. Mientras, Bea regresó junto a Hary.

—El reloj está detenido — le informó.

Hary contestó con una inclinación de cabeza. Devon dedicaba ahora sus atenciones a la mandíbula dolorida.

—Le aseguro que no sé dónde está Toobin — dijo.

Hary sacó del bolsillo superior un tubito metálico, brillante y alargado. Apuntó con él a Devon y dijo:

—Usted desconoce las Constituciones de la Corporación de Pesadores. En ellas figura un artículo en el que se nos permite, en determinadas circunstancias y para bien de un planeta, matar a una o varias personas cuya actuación pueda resultar nociva para los intereses de la mayoría. Devon, usted cae de lleno en ese artículo.

El hombre le miró con ojos desorbitados.

—¡Diablos, yo no...! ¡Oiga, no irá usted a matarme!

—Hable — dijo Hary en tono que no admitía duda.

Bea guardaba silencio. Claramente se daba cuenta de que las palabras de Hary no eran sino una actitud encaminada a intimidar al sujeto.

—Mire — contestó Devon —, yo no puedo señalarle el punto exacto donde pueda encontrarse, ahora pero sí le daré algo que tal vez pueda permitirle llegar hasta él.

Llevó la mano a uno de sus bolsillos y extrajo una pequeña libreta que Hary tomó con la mano izquierda.

—Aquí está señalada la situación de todas las piedras de Linnetys — dijo Devon—. Ya no puedo hacer más...

—Toobin tiene una nave, ¿verdad? — preguntó Hary.

—Sí, igual a la suya.

—¿Hay otro hombre con él?

—Sí, es Bert Innes...

—¿Qué hacía usted aquí, cuando llegamos?

—Ajustaba el reloj del cinturón antigravitatorio. Vine en otra nave más pequeña...

Hary reflexionó unos momentos.

—Póngase en pie — ordenó al cabo.

Devon obedeció.

—¿Qué va a hacer conmigo? — preguntó aprensivamente.

—De momento, me lo llevo prisionero. Después, alguien con autoridad decidirá sobre su suerte.

El rufián palideció.

—Diablos, me... me colgarán...

—Ahora ya no cuelgan a nadie, aunque tendrán que inventar un castigo especial para los de asesinos de planetas — dijo Hary severamente—. ¡Camine!

Abatido, Devon se encaminó hacia la nave. Momentos después, quedaba encerrado bajo llave en una de las cámaras.

Una vez libres de un trabajo, Bea dijo:

—Hary, supongo que no pensabas matar a Devon.

El pesador se echó a reír.

—¿Con un lápiz? — contestó.

Ella le miró asombrada.

—¿Sólo es un lápiz?

—Un simple lápiz — insistió él Claro que Devon no lo sabía y se figuró que debía de ser un arma desconocida, especial para Pesadores. Bien ¿volvemos al trabajo?

Bea lanzó una carcajada.

—Devon se tiraría de los pelos si lo supiera — exclamó—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Hary sacó la libreta que le había entregado el prisionero.

—Esto nos va a resultar muy precioso — dijo—. ¿Te importaría preparar algo de café, mientras estudio un poco los datos que hay aquí?

—En absoluto.

Bea se retiró a la cocinilla de la nave, mientras Hary se ponía a estudiar las indicaciones de la libreta. El Pesador se quedó atónito.

Sus cálculos habían errado por defecto. No veinte o treinta, sino lo menos sesenta fragmentos de «linnetysita» habían sido distribuidos por toda la superficie de Leuwher V.

Bea volvió con una bandeja en las manos. Inmediatamente captó la expresión preocupada de Hary.

—¿Has encontrado algo malo? — preguntó.

—Sí. Toobin ha colocado unos sesenta pedruscos, en lugar de los veinte o treinta que yo calculé.

Bea se quedó aterrada.

—Entonces, el planeta será destruido.

Hubo una larga pausa de silencio. Hary reflexionaba con intensa concentración.

Bea le puso delante una taza de café, que el Pesador sorbió distraídamente. Al cabo de unos momentos, Hary dijo:

—Creo que ya tengo la solución.

—¿Sí? — exclamó ella esperanzadamente.

—Algunos fragmentos de «linnetysita» atravesarán el planeta; esto es casi inevitable. Pero los demás pueden ser inutilizados.

—¿Cómo, Hary?

El Pesador fijó su vista en el rostro de Bea.

—Inutilizando de golpe todos los cinturones antigravitatorios.

Ella se asombró enormemente.

—¡Pero eso no puede ser, Hary! —alegó.

—Sí. Todos los cinturones reciben una porción de energía básica de una central común. Los que tenemos a bordo, la reciben de la central la nave, pero los que se usan en Leuwher V reciben su energía de las varias plantas de fuerzas del planeta. No es una cantidad de energía total, sino una especie de complemento para la que el cinturón produce por sí mismo, por medio de sus propias pilas.

—Pero si suprimes la energía auxiliar, los cinturones dejarán de actuar… y los pedruscos volarán hacia Linnetys irremisiblemente.

Hary movió la cabeza en sentido negativo.

—Te equivocas. Dejarán de funcionar… pero de la misma forma que una persona dormida. No hace nada, pero sigue existiendo, ¿comprendes? Ahora, todos los cinturones en acción, retienen un pedrusco cada uno. Si cortamos la energía complementaria, quedarán como dormidos, pero actuando a pesar de todo. Es decir, que su acción se suspende en la posición actual… como si colocases una piedra ante una puerta a medio abrir.

Ella asintió lentamente.

—Creo que te voy comprendiendo. Esa puerta permanecerá inmóvil mientras esté la piedra, pero podrá cerrarse luego, o abrirse, según los casos, apenas se retire el obstáculo.

—Exactamente. Es, simplemente, un bloqueo, no una suspensión de la acción antigravitatoria de los cinturones… un bloqueo en su posición actual. ¿No están reteniendo ahora los pedruscos?

—Continuarán reteniéndolos — dijo Bea con ojos brillantes.

—Eso es. Y luego, con toda tranquilidad, iremos recogiendo los pedruscos uno a uno, con la ayuda de nuestros cinturones antigravitatorios, cuya acción depende solamente de la energía suplementaria que les proporciona la nave.

—¡Magnífico!—aprobó la joven—. Pero tendrás que darte prisa; recuerda que hay sesenta pedruscos que pueden convertir el planeta

en un colador. ¿Qué harás?'

Hary consultó su reloj.

—Todavía faltan un par de horas para amanecer. — dijo—. Nos dirigiremos inmediatamente a la capital y expondremos la situación al jefe del gobierno.

—Suponiendo que puedas salvar las trabas que inevitablemente encontrarás para obtener la audiencia.

Hary rió suavemente.

—Cuando un Pesador pide una audiencia urgente, suele ser atendido de inmediato — contestó—. Nos detestan, nos llaman cuervos del espacio... y muchas cosas más, pero saben que nos necesitan. Lo siento por el jefe del gobierno, si no es un tipo aficionado a madrugar. Hoy tendrá que hacerlo — concluyó.

CAPITULO XIV

Dos horas y media después, la energía fue cortada. Hary respiró.

— Ahora podremos dedicarnos con tranquilidad a la búsqueda de los restantes pedruscos — dijo.

—Pero Toobin sigue sin aparecer — se lamentó Bea.

—Está en el planeta. El jefe de gobierno ha cursado órdenes para que ni una sola nave despegue o aterrice sin ser controlada minuciosamente. Todos los aparatos de patrulla están alerta. Lo más que podría hacer Toobin es abandonar su nave y esconderse entre los cientos de millones de habitantes de Leuwher V. Pero su carrera de asesino de planetas está cortada.

Bea asintió. Hary y ella se encontraban de nuevo en la nave, volando para detectar sucesivos fragmentos de «linnetysita».

Cuatro horas después, hallaron otro pedazo del misterioso mineral. Hary hizo descender la nave y recogió el pedrusco con la ayuda de uno de sus cinturones. Bea, a su lado, con la libreta de Devon en las manos, marcaba el lugar donde había sido encontrada la «linnetysita».

Terminada la labor, Hary consultó la hora.

—Dentro de dos minutos, tendremos Linnetys « a la vista» — dijo.

—Está a punto de «salir» por el horizonte, ¿no es eso?

Hary asintió.

—Si la distancia no fuese tan larga, lo veríamos perfectamente. Pero desde aquí, hay unos ciento veinte mil millones de kilómetros y, dado que es un cuerpo poco brillante, apenas podría ser captado con el más potente de los telescopios actuales.

Bea se quedó sumamente impresionada.

—Ciento veinte mil millones de kilómetros... y su

fuerza de gravedad actúa sin pérdida alguna de potencia— murmuró, sumamente impresionada.

—Dentro de poco podrás comprobarlo — contestó él.

Hary había colocado la piedra sobre la cumbre de un pequeño altozano. El cinturón antigravitatorio la retenía pegada al suelo de Leuwher V.

Los segundos transcurrieron con aparente lentitud. Hary, para

mayor seguridad, dejó pasar otro minuto.

Luego dijo:

—Bien, creo que ya podemos hacer la prueba.

Se inclinó y desconectó el mecanismo de gravedades. Por un momento, pareció que no ocurriría nada.

De pronto, la piedra se levantó del suelo, muy lentamente, con movimientos apenas perceptibles. Después, casi de repente, aceleró su velocidad y, un segundo más tarde, se convertía en un proyectil, que desapareció casi instantáneamente de la vista de ambos jóvenes.

Se oyó un oscuro zumbido. Un hilo brillante, rojo amarillento, apareció en la atmósfera, siguiendo un trazado casi paralelo al suelo. Parecía una raya de fuego que, no obstante, se extinguió casi en el acto.

—¡Hary! ¿Qué ha sido eso? — exclamó Bea, asustada.

—No temas — sonrió él—. En pocos segundos, el bloque de «linnetysita» ha adquirido tal velocidad, que ha incendiado prácticamente la atmósfera. Pero ya está en el espacio y ahora vuela directamente hacia Linnetys.

Bea asintió, calladamente. Permaneció silenciosa un momento y luego dijo:

—Se me ocurre una idea. ¿No podría emplearse el mineral de «linnetysita» como método de propulsión en las astronaves?

—¿Para qué? Siempre tendería a regresar a Linnetys y para modificar esa tendencia, sería preciso añadir un motor más a la nave, que produjera la energía suficiente para contrarrestar su acción. No, decididamente, no se puede usar, pero, es que, además, ocurre otra cosa.

—Dime, Hary — rogó la joven.

—Linnetys debe ser destruido.

Bea se quedó pasmada.

—¿Destruir ese planeta? — exclamó.

—Sí — contestó él con voz firme —. No cabe la menor duda de que es un foco de perturbación constante en este sector de la Galaxia. Algunos de los planetas que han estallado, indudablemente, lo deben a Linnetys.

—Y... ¿crees que aceptarán tu propuesta?

Hary se encogió de hombros.

—Yo la formularé. Que la acepten o no, depende del Gran Consejo de la Galaxia — contestó—. ¿Seguimos?

Durante los tres días que siguieron, localizaron más de cuarenta pedruscos, los que, sumados a los primeros hallados, daban un total de casi cincuenta.

Hary estaba satisfecho.

—Dentro de un par de días habremos terminado — dijo.

—Entonces descansaremos — suspiró Bea.

Hary se volvió hacia ella y la miró.

—Aún nos quedará una tarea por realizar. Después, te pediré una cosa — dijo.

Bea se ruborizó.

— ¿Debo contestar afirmativamente?

Hary sonrió.

—No creo que puedas contestar de otra manera, querida — murmuró, tomando su mano.

Bea asintió. Sí, también ella deseaba que terminase aquella pesadilla. Descansarían... en una luna de miel apacible y dichosa.

Pero todavía faltaba algo muy importante. Ninguno de los dos se sentiría tranquilo mientras no apareciese Toobin.

El trabajo avanzó rápidamente. Cuarenta y ocho horas más tarde, Bea, al consultar la libreta, halló que sólo quedaba un fragmento de «linnetysita» por localizar.

—Está a unos ochocientos kilómetros hacia el Sudoeste— dijo—. Es una llanura... la Meseta de Preoffen, según los mapas.

—Bien, vamos allá — contestó Hary, mientras empezaba a manipular en los mandos.

—¿Te has fijado? Todos los pedruscos que hemos encontrado estaban en sitios relativamente llanos. ¿Por qué, Hary?

—Bueno, me imagino que Mark volaba muy bajo, a fin de evitar ser detectado. Los lugares montañosos no le convenían, simplemente.

Bea asintió. Así debía de haber ocurrido.

La nave se desplazó velozmente a unos pocos centenares de metros del suelo. Una hora más tarde, sobrevolaban la Meseta de

Preoffen.

Desde el aire, estudiaron el terreno. Era una zona salvaje, con abundante vegetación, pero también con claros de tierra pelada, sin una sola planta. Hary tenía la vista fija en los detectores.

Abundaban los barrancos y las grietas. El suelo era rocoso, principalmente. Un río cruzaba la Meseta y, al llegar al borde meridional, se desplomaba en una caída de ciento cincuenta metros de altura. Era una panorámica de gran belleza.

—¡Ahí está! —dijo Hary, señalando un punto con la mano.

Bea tendió la vista en aquella dirección. Era un risco de cuarenta o cincuenta metros de altura, un muro completamente vertical, cuya base terminaba a unos veinte metros del río.

Un poco más allá, se veía el polvo de agua de la catarata. Las orillas del río estaban cubiertas de vegetación.

De pronto, Bea lanzó una exclamación:

—Hary, creo haber visto un destello brillante entre los árboles —dijo.

—¿Estás segura?

—Casi por completo, pero...

Hary frunció el ceño. Un destello brillante... un aeromóvil, seguramente.

—Estaremos prevenidos — dijo simplemente.

Momentos después, la nave se posaba en tierra.

Hary y Bea saltaron al suelo.

El detector les ayudó a localizar la piedra. Como de costumbre, estaba muy bien oculta bajo unos ramajes.

Hary preparó su cinturón antigravitatorio. Quitó el otro y colocó el suyo en torno a la piedra. Fue una operación delicada, porque era preciso tener anulado en todo momento el campo de atracción de Linnetys.

—Bueno, ya hemos acabado — dijo, con un suspiro de alivio.

—¿De veras lo crees, Hary Seaver? — preguntó alguien a sus espaldas.

Bea se puso rígida. Hary hizo una profunda inspiración.

—Eres tú, Mark Toobin — habló.

—Yo mismo. Vuélvete, por favor, Hary. Tú también, Bea.

Los dos jóvenes obedecieron. Mark Toobin estaba frente a ellos.

Era un hombre de unos treinta y siete años de edad, alto, delgado y no mal parecido ciertamente.

Sus ojos brillaban afiebrados. Estaba muy pálido y la mano que sostenía su pistola temblaba ligeramente.

—Sabía que acabaríais viniendo aquí — dijo—. Os he aguardado dos días, pero la espera ha valido la pena.

—¿Has venido solo? — preguntó Hary, procurando mantener la inalterabilidad de su rostro.

Toobin movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí. Innes... ha muerto — contestó.

—¿Qué le ha pasado?

—Cobró miedo.

Bea se estremeció. Era fácil comprender el significado de aquellas palabras.

—Tú lo has matado — acusó.

Toobin se encogió de hombros.

—No quería, pero él me obligó — repuso—. Dijo que iba a delatar mi escondite...

—Mark — le interrumpió Hary—, ¿por qué no te sometes a tratamiento médico?

—¿Crees que estoy loco? — exclamó Toobin con risa amarga —. Bueno, tal vez lo esté, pero a mi modo. No iré a ningún médico; me encerrarían por el resto de mis días. Y todavía tengo mucho que hacer.

—Como, por ejemplo, continuar asesinando planetas.

—Tal vez, pero hay cosas más importantes. — Miró a Bea fijamente—. Tú vendrás conmigo — añadió.

Bea se estremeció. La mirada de Toobin le daba frío.

—¿Y yo? — quiso saber Hary.

—Te mataré.

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Bea dio un paso y se puso delante de Hary, cubriéndolo con su cuerpo.

—¡No lo consentiré! —exclamó—. Antes tendrás que matarme a

mí.

Toobin se echó a reír.

—No te pongas melodramática — dijo. Agitó la pistola—. Dispara proyectiles narcóticos. Uno para ti y otro para Hary. Tú te quedarás aquí. En cuanto a mi odiado rival...

Calló un momento. Luego siguió hablando:

—Tengo ahí unas cuerdas. Ataré tu cuerpo al pedrusco de «linnetysita» y esperaré a que despiertes. La acción del narcótico es relativamente breve, dura quince minutos más o menos. Conozco el procedimiento que has empleado para devolver los minerales a Linnetys. Tú viajarás hasta aquel planeta, atado al pedrusco... y durante unos segundos, conocerás la más horrible de las agonías, mientras atraviesas la atmósfera de Leuwher V, hasta que la fricción abrase tu cuerpo. ¿No te parece una muerte digna de ti?

Hary calló. Bea, impetuosamente, dio un paso al frente.

—¿Y crees que matando a Hary conseguirás algo de mí? — preguntó.

Toobin la miró oblicuamente.

—Al menos, habré eliminado a mi más directo rival — dijo.

—Una pobre victoria, que no te habrá hecho ganar lo que más deseas — contestó Bea desdeñosamente.

—Un momento — terció Hary—. Mark, antes de que hagas nada, quiero saber algunas cosas.

—¿Sí? — murmuró Toobin.

—¿Cómo supiste lo del mineral de «linnetysita»?

—Hace años que investigo la fuente de perturbaciones en este sector de la Galaxia. Al fin, llegué a la conclusión de que Linnetys era el foco productor de desequilibrio que, de cuando en cuando, hacía estallar algún planeta.

«Un día aterricé allí y encontré el mineral. Fue, precisamente, cuando anuncié la destrucción de un planeta y cometí un error. Pronto conocí las propiedades de la «linnetysita». Hary, debes saber que, bajo la corteza de gases helados, Linnetys es un bloque enorme de ese mineral.

—Así se comprenden las perturbaciones — murmuró Hary—. ¿Bien, qué más?

—Por aquel entonces, había conocido a Bea. Imagínate el resto.

Hary asintió.

—Sí, el despecho por tu postergación... y los celos. Y cada vez que encontrabas a Bea, destruías el planeta en que se encontraba por venganza. Pero, ¿cómo la localizabas?

Toobin sonrió.

—El medallón — dijo.

—¿El medallón? — repitió ella, atónita.

—Sí. — Toobin metió la mano en el bolsillo y extrajo un objeto que parecía un fragmento de cristal rojo. Lo sostuvo un momento con dos dedos y luego lo soltó.

La piedra roja flotó en el aire lentamente y se desplazo hasta unirse con la piedra del medallón de Bea. Los dos jóvenes estaban asombrados.

—Esas gemas con apariencia de rubí no son sino «linnetysita» en estado de absoluta pureza — explicó Toobin—. Comparativamente, son lo mismo que el diamante, que no es, a fin de cuentas, sino carbono puro. Pero al hallarse en estado de absoluta pureza, la «linnetysita» pierde la mayor parte de sus cualidades de afinidad con el bloque original, esto es, con Linnetys. Imagino que en la «linnetysita» impura debe de haber una buena porción de hierro magnético, cuyas cualidades de imantación son multiplicadas casi hasta el infinito por su mezcla con la «linnetysita».

«En fin, este es un aspecto que no he estudiado demasiado a fondo. Pero la afinidad entre dos fragmentos dé «linnetysita» persiste siempre, independientemente de su grado de atracción. Ahora bien, el mineral puro no es muy sensible a la atracción del impuro y viceversa. Incluso, en determinadas circunstancias, se repelen.

—Y tú localizabas a Bea por medio de un trozo de «linnetysita» pura — dijo Hary.

—Exactamente. Me bastaba dejarla suspendida en el aire para fijar el rumbo que debía seguir. El resto...

—El resto consistía en volar el planeta en el que yo me había refugiado, huyendo de tu persecución.

Los ojos de Toobin brillaron demencialmente. Hary comprendió que el antiguo Pesador estaba sujeto a una obsesión que no le permitía razonar con la debida coordinación.

Toobin lanzó un rápido vistazo a su reloj de pulsera.

—Linnetys está ya sobre el horizonte — dijo—. Prepárate a partir,

Hary Seaver.

Y levantó su pistola.

En aquel instante, Hary, sacó la mano derecha por el costado de Bea. Tenía una pistola de choque y el proyectil golpeó duramente el pecho de su adversario.

Toobin lanzó un rugido de dolor al sentirse proyectado hacia atrás. El golpe poseía la potencia de un puñetazo propinado por un gigante, aunque afectaba a una zona más amplia del cuerpo y, en cierto modo, el daño quedaba reducido. Pero el impacto resultaba irresistible.

Toobin cayó de espaldas sobre el cinturón antigravitatorio. Su codo izquierdo, involuntariamente, golpeó un conmutador.

La acción del cinturón se interrumpió bruscamente. Sin embargo, ninguno de los presentes supo darse cuenta en el primer momento.

Toobin se levantó, rugiendo de cólera. Fue a recoger la pistola que se le había caído, pero, en aquel momento, Bea lanzó un agudo chillido.

— ¡La piedra!

Toobin se volvió instintivamente. Privada de sus ligaduras invisibles, atraída por aquel misterioso planeta que ejercía su acción desde ciento veinte mil millones de kilómetros de distancia, la piedra empezaba a levantarse del suelo.

Toobin intuyó el peligro y quiso apartarse de su trayectoria. Era ya tarde.

El bloque de «linnetysita» le golpeó en el estómago. Toobin se curvó hacia adelante y fue suspendido en el aire, de la misma forma que si estuviese doblado sobre los lomos de una cabalgadura. Un horrible chillido se escapó de sus labios al adivinar la espantosa suerte que le aguardaba.

El mineral partió súbitamente, con la velocidad de una bala de cañón. Se oyó un penetrante zumbido, de tonos oscuros y, a poco, se vio brillar una luz rojo- amarillenta.

El grito de Toobin se había apagado en el acto. Hary comprendió que la velocidad de despegue del mineral, llevándoselo literalmente por delante, debía de haberle privado del sentido en muy pocos segundos.

Bea ocultó la cabeza en su pecho. AI cabo de unos momentos, logró recobrarse.

— Ya no tienes nada que temer — dijo él.

Bea asintió en silencio. Hary tomó el medallón con los dedos y lo examinó atentamente.

—¿No sabes cómo vino a parar a tu familia? — preguntó.

—Mi abuelo era Pesador también — contestó ella —. Entonces, sin embargo, no habíais hecho tantos adelantos en la profesión y por eso no supo darse cuenta de las peculiares características de Linnetys. Al menos, eso supongo yo.

Hary asintió.

—Nos salvó la vida — dijo—. Era una rara combinación de varios efectos: el magnetismo de Linnetys, tu medallón, la energía antigravitatoria de nuestra nave… Recuerdo que le diste la vuelta una vez y la nave despegó por sí misma.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Quizá ello varió el grado de incidencia magnética.

—Es lo más probable.

Hary suspiró. Luego pasó el brazo por los hombros de Bea.

—Tenemos que irnos — dijo—. Ahora… lo que queda es sólo burocracia. Para los demás claro; para nosotros queda algo más importante.

Bea sonrió dichosamente.

—Sí, muy importante — concordó.

Mensaje especial. Urgente.

Contiene dos peticiones.

Peticionario: Hary Seaver, oficial pesador, N.° 877.

Dirigido al Vicedirector Corporación Pesadores.

7.a Petición:

Se ha comprobado que planeta «Linnetys» es foco perturbaciones y desequilibrio, otros planetas de este sector de la galaxia. Solicito su destrucción total, hasta la absoluta atomización. Métodos a emplear serán discernidos por esa Corporación.

2.a Petición:

Solicito sea admitida dimisión temporal por espacio un año. Motivo: Matrimonio.

Firmado: H. Seaver

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

MISTERIO EN « UZ »

PETER KAPRA

¿Podría ser cierto aquello?
Aquella expedición se encargaría
de demostrar que los terrestres
procedían de otro mundo.

.

entre en nuestras colecciones de bolsilibros un mundo lleno de acción, violencia, intriga y misterio, tratado con un realismo histórico dentro de un estilo ágil y actual.